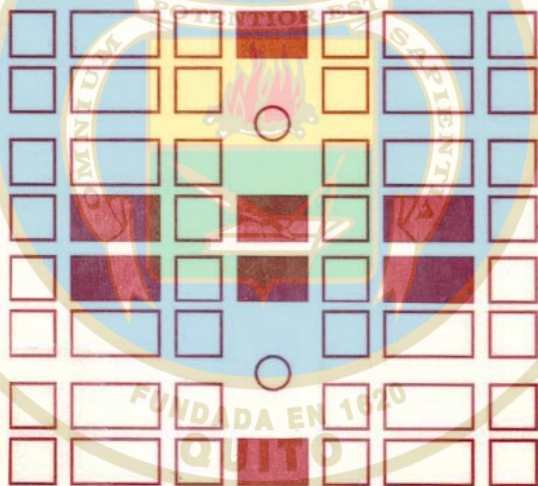


François Ascher

Prólogo de Jordi Borja

LOS NUEVOS PRINCIPIOS DEL
URBANISMO



alianza**ensayo**

BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta de este.

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación **Art. 212 numeral 9, Literal ii** “(...) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (...) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones” y **literal vii** “La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad”.

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Este libro está disponible físicamente en

Biblioteca:

Facultad de Arquitectura y Urbanismo

Piso:

01

Estante:

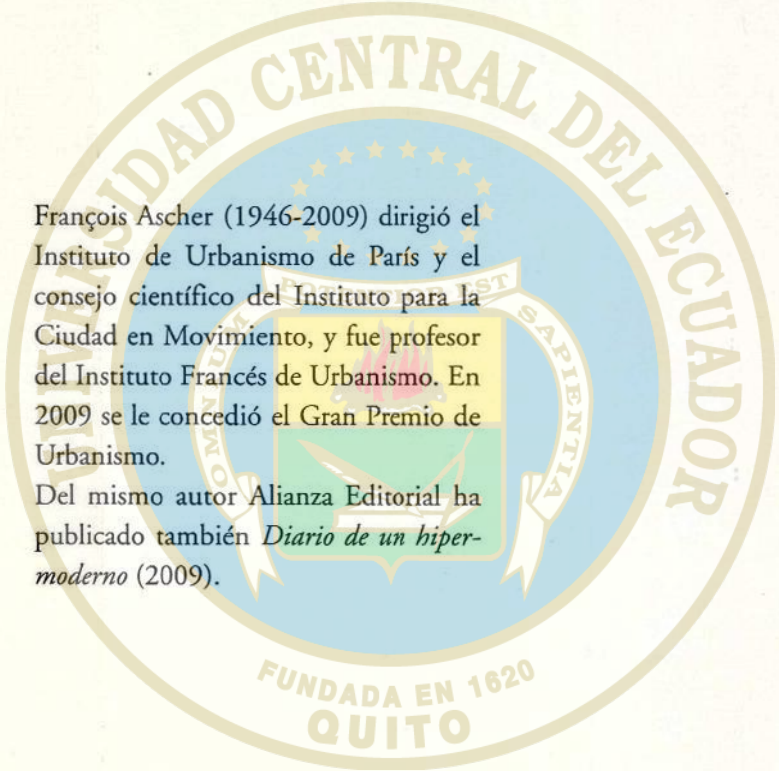
02

Bandeja:

16

Convenio interinstitucional:

Enlace al catálogo:

The seal of the Universidad Central del Ecuador is a large, circular emblem. It features a blue outer ring with the text "UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR" in gold. Inside this ring is a light blue circle containing a yellow banner with the word "SAPIENTIA" in blue. Below the banner is a shield with a green base and a yellow top, featuring a red and white design. Above the shield is a semi-circle of twelve gold stars. At the bottom of the seal, the text "FUNDADA EN 1620" and "QUITO" are written in gold.

François Ascher (1946-2009) dirigió el Instituto de Urbanismo de París y el consejo científico del Instituto para la Ciudad en Movimiento, y fue profesor del Instituto Francés de Urbanismo. En 2009 se le concedió el Gran Premio de Urbanismo.

Del mismo autor Alianza Editorial ha publicado también *Diario de un hipermoderno* (2009).



 **TECNILIBRO**
☎ 2551-081 / 2546-222
www.tecnilibro.com
info@tecnilibro.com

E: 2
B: 16



711
AS813
ARQ

Francisco Aschier

LOS NUEVOS PRINCIPIOS DEL URBANISMO



bol 117739



François Ascher

LOS NUEVOS PRINCIPIOS DEL URBANISMO

**EL FIN DE LAS CIUDADES
NO ESTÁ A LA ORDEN DEL DÍA**

Versión española de María Hernández Díaz

**FUNDADA EN 1620
QUITO**

Alianza Editorial

Título original: *Les nouveaux principes de l'urbanisme.*
La fin des villes n'est pas à l'ordre du jour

Primera edición: 2004
Quinta reimpresión: 2016

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions de l'Aube, 2001
© de la traducción: María Hernández Díaz, 2004
© del prólogo: Jordi Borja, 2004
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2004, 2005, 2007, 2010, 2012, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
— www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-4198-0
Depósito legal: M. 52.844-2009
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

PRÓLOGO, <i>Jordi Borja</i>	9
INTRODUCCIÓN	17
1. URBANIZACIÓN Y MODERNIZACIÓN	19
Ciudad y sociedad: una correlación estrecha	19
Los cambios de larga duración de la sociedad moderna	21
Las dos primeras revoluciones urbanas modernas	23
2. LA TERCERA MODERNIDAD	29
Una sociedad más racional, más individualista y más diferenciada ...	30
El nacimiento de la sociedad hipertexto	39
Del capitalismo industrial al capitalismo cognitivo	44
3. LA TERCERA REVOLUCIÓN URBANA MODERNA	55
La metapolitización: las ciudades cambian de escala y de forma	56
La transformación del sistema de movilidad urbana	58
La recomposición social de las ciudades	60
La redefinición de las relaciones entre intereses individuales, co- lectivos y generales	64
La ciudad de los riesgos	67

4. LOS PRINCIPIOS DEL NUEVO URBANISMO	71
1. Elaborar y dirigir proyectos en un contexto incierto	72
2. Dar prioridad a los objetivos frente a los medios	73
3. Integrar los nuevos modelos de resultado	75
4. Adaptar las ciudades a las diferentes necesidades	76
5. Concebir los lugares en función de los nuevos usos sociales	77
6. Actuar en una sociedad muy diferenciada	79
7. Readaptar la misión de los poderes públicos.....	80
8. Responder a la variedad de gustos y demandas.....	82
9. Promover una nueva calidad urbana.....	83
10. Adaptar la democracia a la tercera revolución urbana	83
NOTAS	87
BIBLIOGRAFÍA.....	91



PRÓLOGO

UN LIBRO DE ALTA UTILIDAD, DE UN AUTOR
DE AUDAZ INTELIGENCIA

Jordi Borja

François Ascher es sociólogo urbano y algo más. Un profesional con motivaciones políticas, orientado a la acción. Las ciencias sociales, cuando se ocupan de la ciudad, tienden a centrarse en la dimensión analítica, la descripción, la interpretación, a veces la crítica de realidad. Algunos se aventuran en la prospectiva a partir de las tendencias en curso, exponen contradicciones y demandas sociales. Pero en general no definen opciones, no diseñan propuestas, no se arriesgan. La participación de los científicos sociales en las políticas urbanas, en el planeamiento especialmente, se ha concretado en infinitos estudios de «diagnosís», que si bien han alimentado consultorías e incluso departamentos universitarios, han tenido una utilidad limitada y una incidencia mínima en los planes y proyectos. Las administraciones públicas por su parte han contratado, en épocas recientes, a sociólogos y similares para la gestión de programas sociales de acompañamiento, pero raramente para participar en el diseño de los grandes proyectos urbanos, de infraestructuras, de ordenación urbanística o de vivienda. Por este camino la elaboración de las políticas urbanas, es

decir la determinación del futuro de los marcos físicos de nuestra vida, de los lugares referenciales, de nuestros trayectos cotidianos, de los nuevos espacios urbanos, de las movibilidades posibles, se ha dejado en manos de un número limitado de profesionales, principalmente arquitectos e ingenieros, que son obviamente indispensables, pero en muchos casos no suficientes. Sobre todo si de lo que se trata es de ofrecer a los responsables políticos el máximo de informaciones y propuestas para que se orienten en la maraña de tendencias diversas, intereses contrapuestos y resistencias corporativas múltiples. La exclusión, o la autoexclusión muchas veces, de los científicos sociales del urbanismo facilita que los planes y programas se orienten por objetivos sectoriales, estrechamente funcionalistas, sin otra perspectiva de cambio de aquel que permita que todo siga igual.

Conocí a François Ascher a principios de los años setenta. Desde los inicios nos entendimos. A diferencia de la sociología urbana marxista-estructuralista entonces de moda, Ascher ofrecía puntos de vista atentos a la modernidad, una curiosidad sin límites, una audacia intelectual que sorprendía en alguien que entonces era una brillante joven promesa en la rígida estructura del PC francés y al que no escandalizaba todo lo contrario el espíritu crítico y la vocación renovadora de sus amigos italianos y españoles. A partir de los años ochenta abandonó las responsabilidades políticas pero conservó esta vocación de intervención política sobre las dinámicas sociales. No siempre hemos coincidido en la importancia concedida a los nuevos aspectos de la vida urbana; me parece que él los enfatiza más que yo, pero siempre me ha resultado muy estimulante leerle o escucharle. Si añadimos que es un personaje simpático, de buen humor permanente, amable en la discusión y cómplice y generoso con las amistades es fácil entender que el prologuista esté encantado de ejercer de presentador de uno de los sociólogos y urbanistas más interesantes de nuestro tiempo.

Ascher es un sociólogo urbano que entiende que el urbanismo estudia la ciudad para intervenir en ella, acumula conocimientos sobre la ciudad que tienen siempre un carácter práctico, una utili-

dad social, sin perjuicio de que esta acumulación permita generalización, construcción de modelos o tipos y producir bases teóricas para el progreso de la disciplina. Pero el urbanismo se define ante todo por su voluntad de orientar la acción sobre la ciudad, «hacer ciudad», mejorar o reformar la ciudad existente, ordenar su desarrollo, proponer diseños, inventar formas, establecer dialécticas positivas entre espacios contruidos y vacíos, y entre éstos y los comportamientos y las aspiraciones sociales. Los sociólogos, como cualquier otra profesión que estudia la vida social, si se ocupan de la ciudad, no diseñarán las formas definitivas, ni formularán las normativas jurídicas, pero tienen la oportunidad de descubrir estos comportamientos y aspiraciones, de evaluar la adecuación del funcionamiento de la ciudad a las demandas colectivas e individuales y de proponer nuevos modos de gestión, nuevas actividades y nuevas formas urbanas.

Ascher estudió en la Sorbonne (Universidad de París) a finales de los sesenta, es decir vivió el 68 con poco más de veinte años. Es dudoso que siempre sea verdad, aunque a veces lo sea, la brillante sentencia de Paul Nizan: «Teníamos veinte años, no permitiré a nadie decir que fueron los mejores años de nuestra vida». Para nuestra generación fueron años exaltantes. Nacidos en las postguerras llegamos al escenario público con ilusiones infinitas, con deseos de cambiar el mundo y convencidos de que teníamos razones y fuerzas para ello. En esos años empezó a florecer una potente sociología urbana de base marxista, que había iniciado Lefebvre, que se expresó en la revista *Espaces et Sociétés* y que encontró apoyo en algunos centros de investigación en el marco del CNRS (Centro Nacional de Investigación) dirigidos por sociólogos progresistas como Chombart de Lauwe y Touraine. En estos centros iniciaron sus trabajos de investigación entre otros los jóvenes sociólogos vinculados al Partido Comunista, y especialmente a su potente área económica como Preteceille, Topalov, Lojkin, Godard y el mismo Ascher, y también otros independientes, como Manuel Castells o Michel Wievorka. La renovación de la sociología urbana estuvo en esos años influida por las corrientes estruc-

turalistas que representaron en el campo marxista Althusser y su escuela, claramente diferenciadas del marxismo más historicista de inspiración lefebvriana y más próximo al mundo de la arquitectura, pero representantes de todas estas corrientes se encontraban en la redacción de *Espaces et Sociétés*¹.

El ambiente innovador de la época, la «revolución cultural» del 68, favoreció esta renovación. La izquierda histórica cambió imagen y discurso, se «refundó» el partido socialista y se produjo la conversión (no duradera) «eurocomunista» del PC. Las nuevas izquierdas post 68 coincidieron con la histórica en la importancia concedida a la ciudad, al salario indirecto, a la vivienda, a la calidad de vida, al espacio público, al medio ambiente. Los emergentes movimientos sociales de base territorial, de barrio y de ciudad, así como los «regionalistas» y de defensa del territorio, influyen en la reflexión social y renuevan las prácticas políticas municipales. La revalorización de la democracia local como ámbito de políticas públicas populares de la izquierda se encontró con el discurso participativo y autogestionario de la nueva izquierda representante de las clases medias urbanas progresistas. El «programa común de la izquierda» de los años setenta ofrece una perspectiva de victoria electoral, que se consumará en 1981 con la presidencia del socialista Mitterrand y la presencia de cuatro potentes ministros comunistas. La «revolución cultural» del 68 parece fructificar en un cambio político que si no es revolucionario en sentido estricto se inspira en los valores de la época, «el cambiar la vida», un cierto derecho a la felicidad.

François Ascher se inicia en estos años como investigador y se orienta hacia una sociología urbana «intervencionista», es decir vinculada a la reflexión y a la acción políticas. Es responsable de la Comisión «vivienda» del Comité Central del Partido Comunista y sus primeras publicaciones tienen una clara vocación de incidir en las políticas públicas. Es uno de los protagonistas de dos importantes coloquios que producen dos publicaciones influyentes en la época: *Urbanisme monopoliste, urbanisme démocrati-*

que (CERM, 1973) y *Pour un Urbanisme* (Nouvelle Critique, 1974, con Jean Louis Cohen). Y publica su primer libro *Demain la ville? Urbanisme et politique*, con Jean Giard (1975). El encanto de este período altamente político se rompe con la ruptura de la «union de la gauche» a mediados de los ochenta y la subsiguiente crisis de un redogmatizado PC, del cual Ascher dimite entonces. Como sociólogo está demasiado atento a las nuevas dimensiones de la modernidad; como actor político aspira a obtener resultados concretos; como persona es demasiado «partidario de la felicidad» para soportar la rigidez malhumorada.

A partir de entonces inicia una importante carrera académica, de investigador y ensayista, independiente, pero sin abandonar sus motivaciones políticas y su vocación «práctica». Desarrolla una importante actividad asesora en el poderoso Ministère del Equipement (Plan Construction, Urbanisme et Architecture), en la Federación de Empresas de Obras públicas y en la DATAR (ente estatal para la planificación territorial). Sus campos de interés se amplían al conjunto de fenómenos que permiten analizar las dinámicas urbanas, hacer prospectiva de la ciudad y de las formas de vida: el turismo, los transportes, las identidades culturales, el individualismo moderno, las nuevas tecnologías urbanas, la economía «cognoscitiva», la evolución de la relación espacios-tiempos urbanos, etc.²

Es uno de los responsables del recién creado Institut Français d'Urbanisme, centro de formación de postgrado que integra las disciplinas de análisis social con las de intervención sobre el territorio. También es profesor de l'Ecole de Ponts et Chaussées, estableciendo así una interesante colaboración de los científicos sociales con las profesiones duras de la ingeniería y las formalizadoras de la arquitectura. Hasta hoy continúa ejerciendo estas funciones en ambos centros. Ha presidido el «Consejo científico de investigación concertada sobre la ciudad» del Ministerio de Educación y fue uno de los fundadores del Club Villes-Aménagement, que reúne a los directores de los grandes proyectos urbanos y del cual continúa siendo uno de los animadores.

Actualmente preside el Consejo científico del «Instituto para la Ciudad en movimiento» y ha popularizado la noción de «derecho a la movilidad» como una de los objetivos principales de las políticas urbanas, completando así «el derecho a la ciudad» que expuso Lefebvre. En la ciudad actual, en la metapolis o ciudad de ciudades, regiones altamente urbanizadas pero discontinuas, la movilidad es indispensable para poder acceder a la vivienda, al trabajo, al consumo, al ocio, a las relaciones sociales diversificadas, a la multiplicidad de las ofertas urbanas. La autonomía de las personas requiere una oferta multimodal compleja que debe compatibilizar la sostenibilidad y reducir los impactos de los sistemas de transporte en el territorio con el desarrollo de los mismos para garantizar la accesibilidad de todas las personas y de todas las partes del territorio, tanto por razones de funcionalidad como de justicia social.

A partir de los años noventa Ascher se convierte en uno de los «pensadores» sobre la ciudad más conocido e influyente, en Francia y en los medios intelectuales y profesionales de los países europeos y americanos. En 1994 publica un libro que se convertirá en una referencia del urbanismo de nuestra época: *Metapolis. El futuro de las ciudades* (Ed. Odile Jacob). El análisis del fenómeno urbano de la «sociedad postindustrial» tiene en esta obra uno de sus textos «clásicos». En 1988 desarrolla sus ideas en un libro más «político»: *La República contra la ciudad. Ensayo sobre el futuro de la Francia urbana* (Ed. de l'Aube), una obra que proporciona pistas para renovar las políticas urbanas de las ciudades europeas, tanto en lo que se refiere a la organización institucional como a la gestión de las movilidades y en general a las nuevas relaciones entre espacios y tiempos en la vida urbana. La reflexión reciente de Ascher sobre la sociedad urbana del siglo XXI culmina con una obra ambiciosa de título imposible: *Ante estos acontecimientos que nos superan, simulemos que somos los organizadores. Ensayo sobre la sociedad contemporánea* (Ed. de l'Aube, 2000). Los grandes temas apuntados en libros y artículos anteriores se desarrollan en esta obra, claramente sociológica: el proceso moderno de «constitu-

ción del individuo», la sociedad «hipertexto», el capitalismo «cognoscitivo» o la net-economía, la sociedad del riesgo y las regulaciones colectivas, la «glocalización», la modernización de la política. Se trata de una obra densa, de 300 páginas, destinada a durar. Esta apertura hacia nuevos campos es constante en el autor. Actualmente ha dirigido su interés (nos parece que no solamente intelectual) hacia la gastronomía, como «dimensión reveladora de la vida urbana hipermoderna», y se interesa tanto por el fast food y la macdonaldización que nos acecha como por la sofisticación de Ferrán Adrià, aunque a la hora de elegir, como Vázquez Montalbán, al que lee con gusto (nunca tan apropiado), sabe distinguir y elegir bien.

Ascher sin embargo no abandona la reflexión y las propuestas de acción sobre la ciudad. A partir de una conferencia dictada en la «Université de tous les savoirs»³ titulada «El urbanismo frente a la nueva revolución urbana» prepara un libro de síntesis *Les nouveaux principes de l'urbanisme* (2001), que ahora prologamos. Un libro intelectualmente excitante y políticamente eficaz, de reflexión sofisticada y de expresión clara, de lógica implacable y de audacia imaginativa. El análisis sobre la tercera revolución urbana moderna, la que sucede a la ciudad del Renacimiento y a la urbe metropolitana de la Revolución Industrial es la metapolis o ciudad de lugares y flujos actual, se ha convertido en una clave indispensable para el análisis de la sociedad del siglo XXI. Y la última parte del libro, los 10 principios del nuevo urbanismo, es uno de los mejores hilos de Ariadna para entender y hacer urbanismo hoy, un vademécum que ningún urbanista puede ignorar.

Alianza Editorial, al publicar este libro, ofrece a los lectores en lengua castellana la obra de uno de los pensadores más sugerentes de nuestra época. Esperemos que el presumible éxito de este libro facilite próximas ediciones de sus otras obras. Al mismo tiempo nos permite disponer de uno de los mejores textos de síntesis sobre el urbanismo entendido a la vez como reflexión y como práctica, como conocimiento y como acción.



INTRODUCCIÓN

La sociedad contemporánea se transforma deprisa y, desbordados por esta evolución, a veces medimos mal cómo han cambiado en poco tiempo los objetos que utilizamos, nuestra forma de actuar, de trabajar, las relaciones familiares, las diversiones, los desplazamientos, las ciudades en las que vivimos, el mundo que nos rodea, nuestros conocimientos, esperanzas y temores...

En el ámbito del urbanismo percibimos con mucha dificultad los cambios, puesto que el espacio edificado evoluciona con relativa lentitud y las construcciones nuevas representan al año menos de un uno por ciento del parque existente. Además, nos sentimos vinculados de un modo especial a los lugares más antiguos y a menudo tenemos la impresión de que representan mejor la urbanidad que los que la sociedad produce hoy en día. De hecho, nos mostramos inquietos ante las formas que adoptan las ciudades y ante los peligros de todo tipo que parecen generar para la sociedad y el medio ambiente.

Sin embargo, numerosos indicios y análisis nos llevan a pensar que las transformaciones de nuestra sociedad y, especialmente, de

las ciudades no han hecho más que empezar. Las sociedades occidentales están cambiando y entran en una nueva fase de la modernidad que ve evolucionar profundamente las formas de pensar y actuar, la ciencia y la técnica, las relaciones sociales, la economía, las desigualdades sociales, los modelos de democracia. Estas mutaciones suponen y hacen necesarios cambios importantes en el concepto, la producción y la gestión de las ciudades y de los territorios, y ponen de actualidad una nueva revolución urbana moderna, la tercera después de la revolución de la ciudad clásica y de la ciudad industrial.

La sociedad debe, por tanto, dotarse de nuevos instrumentos para intentar dominar esta revolución urbana, sacar partido de ella y limitar sus posibles perjuicios. Para ello, hace falta un nuevo urbanismo que se corresponda con las formas de pensar y actuar de esta tercera modernidad.

Este libro intenta explicar los desafíos más importantes a los que se enfrenta este nuevo urbanismo y formular algunos principios en los que podría fundamentarse.

En una primera parte destacaremos los vínculos estructurales que articulan las ciudades y las sociedades modernas, las revoluciones urbanas y los tipos de urbanismo a los que dieron lugar durante las dos primeras fases de la modernidad. En la segunda y en la tercera partes se analizarán las principales características de la nueva modernidad y los rasgos esenciales de la revolución urbana que conlleva y en la que se sustenta. Por último, en la cuarta parte, se expondrán diez importantes desafíos y se apuntarán algunos principios a desarrollar para encontrarles una respuesta.

CAPÍTULO 1

URBANIZACIÓN Y MODERNIZACIÓN

Ciudad y sociedad: una correlación estrecha

Podemos definir las ciudades como agrupaciones de población que no producen por sí mismas los medios para su subsistencia. La existencia de las ciudades supone por tanto, desde su origen, una división técnica, social y espacial de la producción e implica intercambios de naturaleza diversa entre aquellos que producen los bienes de subsistencia y los que producen bienes manufacturados (los artesanos), bienes simbólicos (los sacerdotes, los artistas, etc.), el poder y la protección (los guerreros). La dinámica de la urbanización está vinculada al potencial de interacción que ofrecen las ciudades, a su «urbanidad», es decir, a la potencia multiforme que produce el reagrupamiento de grandes cantidades de población en un mismo lugar.

El crecimiento de las ciudades ha estado vinculado, a lo largo de la historia, al desarrollo de los medios de transporte y almacenamiento de bienes necesarios para abastecer a poblaciones cada vez más numerosas en cualquier época del año. También ha esta-

do unido a las técnicas de transporte y almacenamiento de la información necesarias para la organización de la división del trabajo y de los intercambios, como demuestra el nacimiento conjunto de la escritura y la contabilidad. Por último, el tamaño de las ciudades ha dependido de los medios de transporte y de «almacenamiento» de las personas, especialmente de las técnicas de construcción en altura, de gestión urbana de los flujos y de abastecimiento (vías públicas, alcantarillado, suministro de agua, etc.), así como de las necesidades de protección y de control.

La historia de las ciudades ha estado marcada por la historia de las técnicas de transporte y almacenamiento de los bienes (b), la información (i) y las personas (p). Este sistema de movibilidades que denominamos «sistema bip» constituye el núcleo de las dinámicas urbanas, desde la escritura hasta Internet, pasando por la rueda, la imprenta, el ferrocarril, el telégrafo, el cemento armado, la uperización, la pasteurización y la refrigeración; el tranvía, el ascensor, el teléfono, el automóvil, la radiofonía, etc. El crecimiento horizontal y vertical de las ciudades ha sido posible gracias a la invención y aplicación de estas técnicas.

Las formas de las ciudades, tanto si han sido pensadas específicamente como si son el resultado más o menos espontáneo de dinámicas diferentes, cristalizan y reflejan las lógicas de las sociedades que acogen. De este modo, la idea de la ciudad antigua expresaba precisamente los preceptos religiosos y militares que constituían las «justificaciones» principales de las ciudades y de los grupos sociales que las habitaban. En un mundo poco seguro, las ciudades medievales se parapetaban detrás de las murallas y se organizaban en corporaciones en torno a la plaza del mercado, de las atalayas y los campanarios, expresando espacialmente, por medio de la superposición, la solidaridad y dependencia que caracterizaban a las poblaciones de las ciudades en el seno de las sociedades feudales. Más tarde, el desarrollo de las sociedades modernas imprimió progresivamente nuevas lógicas en la concepción y el funcionamiento de las ciudades.

La actuación urbanística hoy día necesita, por tanto, comprender las lógicas que se establecen en la sociedad contemporánea.

Los cambios de larga duración de la sociedad moderna

Las sociedades occidentales contemporáneas se suelen calificar de «modernas» para distinguirlas, a la vez, de un pasado más o menos lejano y de otras sociedades que funcionan con registros diferentes. Pero esta notación es bastante vaga y de un uso incómodo, e incluso ambiguo. Resulta difícil datar la llegada de los «tiempos modernos», que se instalaron progresivamente y de forma diferente en los distintos países del Occidente europeo y después en América. La noción de modernidad se ha utilizado además en contextos y perspectivas que a veces la hacen sospechosa de abrigar un proyecto hegemónico de Occidente, o culpable de tener ambiciones demasiado funcionalistas cuyos daños hemos podido comprobar, especialmente en el urbanismo.

De hecho, es más correcto hablar de «modernización», puesto que la modernidad no es un estado, sino un proceso de transformación de la sociedad. Se podría decir incluso que lo que diferencia a las sociedades modernas de otras sociedades es que el cambio es su principio fundamental. Desde luego, muchas otras sociedades han sufrido y sufren evoluciones; tienen historia, pero no se organizan estableciendo en el núcleo de su dinámica de funcionamiento el cambio, el progreso, el proyecto. Por el contrario, la tradición constituye su principio fundamental y la referencia al pasado justifica, generalmente, su representación del futuro.

Los componentes de la modernización

La modernización es un proceso que surge mucho antes de la época que conocemos como Edad Moderna. Fue el resultado de la interacción de tres dinámicas socioantropológicas cuyas huellas encontramos en distintas sociedades pero que, al entrar en resonancia en Europa durante la Edad Media, dieron lugar a las sociedades modernas: la individualización, la racionalización y la diferenciación social.

Podemos definir la individualización en primer término como la representación del mundo, no a partir del grupo al que pertenece el individuo, sino a partir de su propia persona. El uso en el lenguaje del «yo» en lugar del «nosotros» e incluso la invención de la perspectiva que se van imponiendo progresivamente a finales de la Edad Media ilustran perfectamente este proceso de individualización. Hablamos igualmente de individualización para explicar las lógicas de apropiación y dominio individuales que van ocupando progresivamente el lugar de las lógicas colectivas. Así pues, las sociedades modernas separan y reúnen individuos y no grupos.

La racionalización consiste en la sustitución progresiva de la tradición por la razón en la determinación de los actos. La repetición da paso a la elección, lo que comporta preferencias y proyectos individuales y colectivos, el uso de los conocimientos derivados de la experiencia, del saber científico y de las técnicas. La racionalización es una forma de «desencanto del mundo» porque adjudica a las acciones humanas y a las leyes naturales lo que antes se atribuía a los dioses.

La diferenciación social es un proceso de diversificación de las funciones de los grupos y de los individuos en el seno de una misma sociedad. Está alentada en gran medida por el desarrollo de la división técnica y social del trabajo, que es resultado, a su vez, de la dinámica de la economía de mercado. La diferenciación produce la diversidad y la desigualdad entre grupos e individuos, y engendra una sociedad cada vez más compleja.

Estos tres procesos se alimentan recíprocamente y producen sociedades cada vez más diferenciadas, formadas por individuos al mismo tiempo parecidos y más singulares, con mayores posibilidades de elección.

Es cierto que individualización, racionalización y diferenciación no son propias de la modernidad; pero su combinación en circunstancias históricas específicas desencadenó la dinámica de la modernización, como una bifurcación en la que se internó el «mundo occidental» en torno al año 1000. Ninguna sociedad había conocido antes esta conjunción ni había entrado en esta espiral de «desarrollo» específica de la modernidad.

Las primeras fases de la modernización

Si bien la modernidad no es un estado, la modernización tampoco es un proceso continuo, y es posible distinguir tres grandes fases.

La primera fase abarca más o menos el período denominado Edad Moderna y va desde el fin de la Edad Media hasta el principio de la Revolución Industrial. Es testigo de la transformación del pensamiento y el lugar de la religión en la sociedad, la emancipación de la política y el nacimiento del Estado-nación, el desarrollo de las ciencias y la propagación progresiva del capitalismo mercantil y después del industrial. Podemos calificar esta fase de «primera» o «alta modernidad».

La segunda fase es la de la Revolución Industrial, que asiste a la transformación de la producción de bienes y servicios subordinada, en gran medida, a las lógicas capitalistas; el pensamiento técnico ocupa un lugar central en la sociedad y se constituye el Estado del bienestar. Es la «segunda» o «modernidad media».

A cada una de estas épocas ha correspondido su forma de pensamiento y de creación, figuras dominantes e ideas del poder, representaciones de la sociedad, criterios de eficacia, formas de organización y, por supuesto, principios y modos de concepción y organización del territorio. El establecimiento de la primera y la segunda modernidad se efectuó progresivamente, pero la amplitud de los cambios en las distintas esferas de la sociedad provocó crisis de todo tipo: económicas, sociales, políticas y religiosas. El concepto, la construcción y el funcionamiento de las ciudades no escaparon a estas transformaciones y a estas crisis.

Las dos primeras revoluciones urbanas modernas

La ciudad del Renacimiento y de la Edad Moderna

La primera modernidad dio lugar a una verdadera revolución urbana. La ciudad medieval se convierte en ciudad «clásica» en la

que el nuevo poder del Estado aparece en escena de forma monumental, se presenta —mediante la perspectiva— en relación con el individuo, traza avenidas, plazas y jardines urbanos que acaban con la mezcla de callejuelas, callejones y huertas, aleja y transforma las murallas, redefine y separa lo público de lo privado, los espacios interiores y exteriores, les asigna funciones, inventa las aceras y los escaparates. El desplazamiento ocupa más espacio, las calles se amplían y se diferencian funcional y socialmente, las ciudades se extienden y los barrios proliferan, aglomerando de una nueva forma poblaciones y actividades. La arquitectura se constituye de forma paralela en disciplina moderna, es decir, que atañe a un campo específico e integra valores y técnicas nuevos, sin perjuicio de beber en fuentes antiguas pero atribuyéndose nuevas libertades, especialmente con el barroco.

Esta primera ciudad es moderna porque está concebida de forma racional para individuos diferenciados. Las posibles referencias de sus creadores a la tradición no son actos repetitivos, sino que reflejan decisiones racionales con motivaciones diferentes. Esta ciudad explica la instauración del Estado-nación, la expansión del territorio, la aparición de ciencias y técnicas nuevas y la naciente autonomía de los individuos. Esta ciudad es moderna también porque es proyecto: cristaliza la ambición de definir el futuro, de controlarlo, de ser el marco espacial de una nueva sociedad; es diseño de un designio. De hecho, de ella nacerá su forma última: la utopía.

La ciudad de la Revolución Industrial

La segunda revolución urbana comenzó con la revolución agrícola —que incrementó la producción de alimentos pero expulsó del campo a gran cantidad de agricultores— y con el desarrollo concomitante del capitalismo industrial. Este doble proceso provocó un enorme crecimiento demográfico en las ciudades, lo que supuso una expansión espacial acelerada que dio lugar, al mismo

tiempo, a una grave pauperización de una parte de las poblaciones urbanas.

En este contexto surgen progresivamente las nuevas ideas sobre la ciudad, marcadas fundamentalmente por las mismas lógicas que dirigían el mundo industrial dominante. El urbanismo moderno (la palabra «urbanismo» aparece bajo formas diversas a finales del siglo XIX y principios del XX) aplica, de hecho, en el ámbito de la organización de las ciudades, los principios que se establecieron en la industria. La noción fundamental es la especialización: el taylorismo la sistematizará en la industria, en la que tratará de separar y simplificar las tareas para hacer su ejecución más rentable. El urbanismo moderno la pondrá en práctica desde finales del siglo XIX bajo la forma de zonificación, que más tarde Le Corbusier y la Carta de Atenas llevarán al límite.

En la ciudad de la Revolución Industrial, la movilidad de personas, informaciones y bienes cobra mayor importancia. La primera necesidad es, desde luego, adaptar las ciudades a las exigencias de la producción, del consumo y de los intercambios mercantiles. Para ello hace falta una red de grandes vías de comunicación entre estaciones y almacenes principalmente, y redes para el agua, el alcantarillado, la energía (gas, electricidad, vapor) y la información (telégrafo, teléfono, correo urgente).

Las exigencias de crecimiento y de funcionamiento de las ciudades provocaron una gran movilización científica y técnica para aumentar la rentabilidad en el transporte y almacenamiento de bienes, informaciones y personas. La electricidad, en particular, tuvo un papel decisivo en las posibilidades de crecimiento de las ciudades; verticalmente con los ascensores y horizontalmente con el tranvía, el telégrafo y el teléfono y después con el motor de explosión.

La diferenciación social se inscribía, pues, de otro modo en el espacio: con los ascensores, los pobres bajaron a las plantas inferiores mientras que los ricos subían a los pisos soleados; más tarde, con el desarrollo de los transportes colectivos y el tranvía, se construyeron barrios residenciales para las capas sociales acomodo-

dadas y barrios industriales para las fábricas y los obreros. Aquí fue decisivo el papel de los transportes urbanos para hacer posible la dilatación de los territorios y su recomposición a gran escala.

Más tarde, el vehículo particular y los electrodomésticos marcaron el fordismo, es decir, el sistema combinado de producción y de consumo en masa, especialmente en el espacio urbano, con grandes bloques de viviendas sociales o casas individuales, hipermercados e infraestructuras viarias. El cuarteto coche-frigorífico-aspiradora-lavadora estaba en el centro de las transformaciones urbanas, haciendo posible el trabajo femenino asalariado, la compra semanal y la prolongación de los desplazamientos. Los barrios monofuncionales de la periferia urbana actual son su ejemplo más claro.

El desarrollo del Estado del bienestar y de diversos servicios públicos contribuyó asimismo a estructurar las ciudades por su red de líneas de transporte colectivo, colegios, hospitales, baños públicos, oficinas postales, equipamientos deportivos, etc. Además, los poderes públicos se vieron abocados a actuar cada vez más en el campo del urbanismo, así como en el campo económico y social, especialmente para hacer frente a las insuficiencias, incoherencias y disfunciones de las lógicas privadas y de los mercados, en particular en los aspectos territoriales e inmobiliarios. De esta forma han creado todo tipo de estructuras y procedimientos para «planificar» de forma más racional las ciudades, es decir, lo más científicamente posible, para actuar a pesar de las coacciones de la propiedad privada, para ordenar, es decir, predefinir e impulsar las ampliaciones periféricas y las restauraciones.

Las formas urbanas de esta segunda revolución son diferentes, en la teoría y en la realidad, dependiendo de las ciudades y países. Pero los padres fundadores del urbanismo, por su obra o por su pensamiento, especialmente Haussmann, Cerdà, Sitte, Howard y, por supuesto, Le Corbusier, a pesar de sus diferencias, estaban movidos por esta misma preocupación de la adaptación de las ciudades a la sociedad industrial. Las ciudades y el urbanismo experimentaron una verdadera transformación respecto a las ciudades y

los conceptos arquitectónicos y espaciales de la primera revolución urbana para llegar, *in fine*, a un urbanismo fordo-keynesio-corbusiano, expresión de una racionalidad simplificadora mediante la planificación urbana, las zonificaciones monofuncionales y las estructuras urbanas jerárquicas; un urbanismo adaptado a la producción y al consumo masivo en los centros comerciales, las zonas industriales y la circulación acelerada y, asimismo, materialización del Estado del bienestar con los equipamientos colectivos, servicios públicos y viviendas sociales. Esta segunda revolución urbana no eliminó totalmente las ciudades preexistentes, aunque en Francia fue bastante radical, con las destrucciones masivas de Haussmann y las «restauraciones bulldozer» entre los años cincuenta y setenta. De hecho, muy a menudo el espacio edificado y los ciudadanos han desplegado sus habilidades para la inercia, la resistencia y la readaptación. De este modo, una vez más, las ciudades han demostrado su capacidad para sedimentar las diferentes capas de su historia, es decir, su función de palimpsestos, pergaminos que no cambian sino que acogen sucesivamente escritos distintos. Pese a ello, incluso las partes de las ciudades antiguas que se han conservado materialmente han sufrido transformaciones profundas y no funcionan ya del mismo modo que antes.

A cada una de las dos primeras fases de la modernización correspondió una mutación profunda en las maneras de pensar, producir, utilizar y gestionar los territorios en general y las ciudades en particular. Europa Occidental ya ha conocido dos revoluciones urbanas modernas. Podemos plantear la hipótesis —ahora que se inicia una nueva fase de la modernización— de que los cambios que se esbozan en el urbanismo actual prefiguran una tercera revolución urbana moderna.



CAPÍTULO 2

LA TERCERA MODERNIDAD

La modernidad salió tambaleándose del siglo XX y el paso al año 2000 dio pie a numerosos comentarios y reflexiones que subrayaban, al mismo tiempo, los extraordinarios «progresos» realizados en los cien años que acababan de terminar y los dramas que el mundo había sufrido, proporcionales a dicho progreso y que por ello se colocan en el pasivo de la modernidad.

Es cierto que la modernidad ha sido siempre objeto de reacciones hostiles de todo tipo. Pero, desde hace unos treinta años, la crítica ha tomado una nueva forma llamada posmoderna. Esta noción mete en el mismo saco a filósofos, sociólogos —que creen discernir los signos de una crisis radical y de la superación de la modernidad— y artistas, especialmente a los arquitectos que se han implicado en un proyecto posmodernista bajo la forma de crítica de la estética funcionalista. Estos movimientos tienen su interés, puesto que llaman nuestra atención sobre los cambios que se están produciendo. Sin embargo, estos últimos no anuncian ni preconizan el fin de la modernización, más bien subrayan el hecho de que la sociedad moderna se separa de un racional-

lismo demasiado simplista y de sus certezas, y se desprende de formas de pensamiento mesiánicas o providenciales que aún marcaban la idea moderna de progreso. De cierta forma, nos hacemos verdaderamente modernos y cada vez más deprisa. En efecto, el refuerzo recíproco de las características que constituyen la modernidad da la impresión de una aceleración de la modernización. Entramos de este modo en una tercera fase o tercer episodio de la modernización que algunos autores han calificado de modernidad «radical», modernidad «avanzada», «sobremodernidad» o «baja» modernidad.

*Una sociedad más racional, más individualista
y más diferenciada*

La modernización reflexiva

La racionalización, uno de los tres procesos básicos de la modernización, marca cada vez con mayor profundidad todas las acciones individuales y colectivas. Conduce a una «reflexividad» de la vida social moderna que podríamos definir como «el examen y la revisión constantes de las prácticas sociales a la luz de las informaciones referidas a dichas prácticas». Dicho de otra forma, ya no se trata simplemente de utilizar los conocimientos previos a determinadas acciones, sino de examinar permanentemente las posibles decisiones y volverlas a examinar en función de lo que hayan empezado a producir. La reflexividad es la reflexión antes, durante y después...

De hecho, el individuo —al igual que la colectividad— se enfrenta a una serie de situaciones y circunstancias individuales y colectivas cada vez más diferenciadas y cambiantes. Esto tiene dos tipos de consecuencias. Por una parte, es más difícil que los actores puedan recurrir a una experiencia directa pasada, es decir, a un conocimiento práctico ya establecido, para enfrentarse a una situación, ya que, estadísticamente, cada vez hay menos

posibilidades de que ésta se haya producido o de que vuelva a producirse. Es necesario, pues, reflexionar específicamente antes de cada acción para elaborar una respuesta y no elegir una de un catálogo o recurrir a una receta, rutina, costumbre, creencia o tradición. Por otra parte, la creciente complejidad de la vida social real, al tiempo que revelada por los nuevos conocimientos científicos, hace necesarios nuevos avances de la ciencia y la técnica.

*Nuevos avances científicos y un mayor uso
de la ciencia y la técnica*

Las ciencias que pueden contribuir a la toma de decisiones experimentan cambios rápidos y han visto surgir nuevos paradigmas. Tres avances importantes, en cierto modo relacionados pero que tienen orígenes relativamente antiguos y algo distintos, han modificado en profundidad las herramientas de la acción reflexiva: la teoría de juegos y de la racionalidad limitada, las ciencias cognitivas y las teorías de la complejidad, del azar y del caos.

Los avances producidos a partir de la teoría de la racionalidad limitada han influido considerablemente en la economía, la sociología y la ciencia política, y han tenido rápidamente aplicaciones concretas. Han puesto de manifiesto que los medios disponibles para conseguir un fin podían multiplicarse en situaciones denominadas inciertas. Este tipo de enfoque ha llevado a la diversificación profunda de la noción de racionalidad en tanto que adaptación de los medios a un fin. Estas teorías han sido decisivas para el desarrollo de las ciencias que han servido de fundamento a la informática; también han tenido una influencia muy importante en el campo de la economía práctica y de la planificación.

El avance de las ciencias cognitivas abre hoy, directa o indirectamente, perspectivas inmensas —e incluso un poco inquietantes— sobre la posibilidad de explicar los mecanismos del pensa-

miento, de desmultiplicar sus posibilidades, es decir, de crear «casi-personas». La ciencia-ficción ya nos había familiarizado con esta angustia. Es cierto que no nos encontramos en ese punto, ni mucho menos, a pesar de la «ley de Moore» (teoría sobre la duplicación del rendimiento de los ordenadores cada 18 meses). Sin embargo, nos hemos familiarizado con los conocimientos algorítmicos y hemos incorporado en la práctica novedades como la distinción entre hardware y software que, indiscutiblemente, hacen evolucionar nuestros modos de representación, razonamiento y organización.

A la racionalidad limitada y a las ciencias cognitivas hay que añadir un tercer campo en el que se elaboran desde hace varias décadas los nuevos paradigmas, los de las teorías de la complejidad. Esta categoría es evidentemente un cajón de sastre y engloba en cierto modo todas las ciencias cognitivas. Pero además, podemos incluir en ella los enfoques fruto de la reflexión matemática y física sobre el caos, el azar, los fractales, las bifurcaciones y la autoorganización que se difunden en la actualidad en diversos ámbitos científicos más allá de la física y de la biología, directa o metafóricamente. Estos avances científicos contribuyen a la renovación de las formas de representación y de construcción de modelos y abren perspectivas considerables en materia de simulación.

El gran error de los posmodernos probablemente sea el de haber interpretado esta diversificación científica y teórica como indicador de una crisis de la razón moderna cuando estos enfoques de la incertidumbre, la complejidad y el caos son, de hecho, grandes avances. Estas «nuevas racionalidades» constituyen el núcleo de la modernización reflexiva. La noción de retroalimentación, por ejemplo, fundamental en la mayoría de los avances científicos que acabamos de mencionar, es asimismo una noción clave para la acción reflexiva. La retroalimentación es una retroacción que permite modificar aquello que precede por lo que sigue. Se trata de un dispositivo de ajuste de las causas por los efectos que implica un conocimiento y una evaluación permanentes de los efectos

de las acciones. Es el fundamento de los enfoques incremental y procedimental que han revolucionado muchos ámbitos y, en particular, las relaciones entre estrategia y táctica, la gestión de las empresas y la planificación. Es un elemento de los métodos denominados heurísticos que proceden por evaluaciones sucesivas e hipótesis provisionales, para actuar estratégicamente en contextos cada vez más inciertos. Cada acción se basa en una hipótesis de resultado; el análisis del resultado de cada acción permite entonces afinar o invalidar dicha hipótesis. La calidad y la velocidad de retorno de la información son decisivas y originan nuevas técnicas de *reporting* que van mucho más allá de los «cuadros de mando» habituales. El conocimiento ya no está separado de la acción, sino que se encuentra en la propia acción.

La sociedad del riesgo

Paradójicamente, el desarrollo de las ciencias y de las tecnologías es, en cierto modo, un factor de riesgo comparado con el proyecto moderno. De hecho, el riesgo es un concepto moderno que debe diferenciarse de peligro. Peligro es lo que amenaza o compromete la seguridad, la existencia de una persona o de una cosa. El riesgo es un peligro probable más o menos previsible y calculable. Un riesgo puede ser potencial (hipotético) o cierto. En una situación de incertidumbre, la primera etapa de un análisis racional consiste en formular las hipótesis de riesgo. El riesgo también surge cuando la naturaleza y la tradición pierden su influencia y los individuos deben decidir por sí mismos y, entonces, intentan medir las probabilidades de que se produzca un acontecimiento y sus posibles consecuencias.

El riesgo aumenta con el proceso de modernización puesto que los peligros y el conocimiento que podemos tener de ellos son mayores.

Por una parte, las tecnociencias, mediante los instrumentos que aportan a determinados actores privados y públicos, crean

nuevos peligros, como indican los problemas medioambientales actuales. Es verdad que, al mismo tiempo, otros riesgos se controlan. Pero el «riesgo cero» es un horizonte que se aleja a medida que creemos alcanzarlo. Además, los riesgos localizados y personales son sustituidos por otros riesgos más extendidos o globales. El propio desarrollo de las formas de comunicación y de transporte amplía la difusión y el conocimiento de dichos riesgos. La distancia espacial y temporal entre las causas y sus posibles efectos también aumenta, planteando de una forma nueva la cuestión de la responsabilidad y de la ética.

Por otra parte, el riesgo crece porque el conocimiento reflexivo transforma la inconsciencia del peligro, la incertidumbre o lo que en otros tiempos se consideraba la voluntad de los dioses en un futuro que se puede conocer en parte y posiblemente controlar; el avance de las ciencias desacraliza y «desnaturaliza» también los peligros y transforma el destino, lo contingente, el azar, en objetos de conocimiento, en realidades potencialmente calculables y medibles. El mayor «nivel» de educación, de cultura científica y de información propaga socialmente este fenómeno. La sociedad traduce cada vez más sus dificultades, sus miedos y su inseguridad en términos de riesgo, es decir, en términos de peligros que debe identificar, medir y dominar. Surgen así nuevos conocimientos especializados (la cindínica o ciencia del peligro, la gestión de riesgos, etc.), dispositivos cada vez más presentes en la vida cotidiana y nuevas reglas de actuación, como el principio de precaución, por ejemplo, que debe aplicarse cuando los expertos se declaran incompetentes o no están de acuerdo.

Los riesgos se construyen, por tanto, socialmente y se apoyan en el establecimiento de normas específicas. Ocupan una parte importante de nuestra vida y del debate público en un mundo moderno que no puede evitar los peligros, pero que puede intentar decidir los que acepta y a qué precio.

Autonomía creciente frente a los límites espaciales y temporales

Los nuevos medios de transporte y de almacenamiento de personas, informaciones y bienes que la sociedad desarrolla y pone a disposición de organizaciones e individuos permiten a éstos liberarse, en cierto modo, de los límites espaciales y temporales. Por una parte, la copresencia o la proximidad no son ya necesarias para una serie de intercambios y prácticas sociales, ya que es posible usar las telecomunicaciones y desplazarse cada vez más rápidamente. Por otra, la simultaneidad o la sincronización de las acciones ya no son indispensables porque muchas de ellas pueden realizarse con un desfase o asincronía gracias a los contestadores automáticos, grabadoras y mensajerías de todo tipo. Ahora es más fácil elegir individualmente los lugares y momentos de comunicación e intercambio.

Las posibilidades de acción e interacción a distancia espacial y temporal son tan numerosas que se llega a tener la impresión de estar en varios sitios y momentos a la vez. Una sensación de ubicuidad y de multitemporalidad acompaña al doble proceso de «deslocalización» y «desinstantaneización».

La deslocalización se traduce concretamente por el debilitamiento progresivo de las comunidades locales. Esto no significa evidentemente la desaparición de la vida local, de las relaciones sociales de proximidad ni de las opciones locales; pero ya no es el lugar obligado de la mayoría de las prácticas sociales en ámbitos tales como trabajo, familia, ocio, política, religión, etc. Por el contrario, los nuevos instrumentos de transporte y de comunicación amplían las posibilidades de elección en materia de ubicación de la residencia o de la actividad y modifican la naturaleza de lo «local»: ya no se hereda ni se impone, sino que entra en las lógicas reflexivas, en decisiones tanto más complejas cuanto las personas o las organizaciones disponen de medios de transporte y telecomunicación. Se plantean entonces problemas de cohesión social, puesto que estas lógicas pueden dar lugar a nuevas formas de segregación.

Una individualización cada vez más pujante

En la sociedad moderna avanzada, los individuos no sólo pueden elegir, sino que deben hacerlo continuamente. El trabajo, la familia, el consumo, la religión, la política, por no mencionar el propio cuerpo, todo se puede —o parece que se puede— decidir. Las elecciones individuales están sin duda determinadas socialmente, pero el sistema en el que se construyen las decisiones es más complejo; los individuos, al igual que las organizaciones, son más conscientes de estar decidiendo con racionalidad limitada y su elección depende de un mayor número de interacciones. Tanto las grandes decisiones como las pequeñas decisiones cotidianas se singularizan de esta forma.

La cantidad de opciones a las que se enfrentan las personas, que varía según sus medios, da lugar a «perfiles» de vida y de consumo más diferenciados, que hacen cada vez menos perceptible la pertenencia a grupos sociales a pesar de la imposición —siempre importante— de las consideraciones económicas y socioprofesionales. Esta diversificación plantea problemas tanto desde el punto de vista sociopolítico —¿cómo se representan los intereses más diversos?— como del económico. Resulta cada vez más difícil, por ejemplo, basar una campaña de marketing en las categorías típicas, ya se trate de categorías socioprofesionales, grupos de edad, niveles de ingresos, estilos de vida o perfiles psicosociológicos. Las tipologías aparecen en grupos cada vez más pequeños. Los especialistas en marketing, después de haber dividido el mercado en «grupos de identidad definida» y en «nichos», se ven obligados ahora a tener en cuenta la creciente singularidad de las demandas reales o potenciales de los consumidores. La multiplicación de opciones y la personalización (el *one-to-one*) son el no va más de la industria y de los servicios. Los productores y los distribuidores crean megabases de datos para conocer de forma personalizada a sus posibles compradores, e intentan diversificar sus actividades para adaptarse al máximo a sus costumbres y deseos. Las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación tienen en este asunto un papel decisivo.

Una diferenciación social cada vez más compleja

La diferenciación social sigue presente e impregna todos los ámbitos de la vida social. La división del trabajo se acentúa y se expresa al mismo tiempo en las especializaciones profesionales —más numerosas y definidas— y en una globalización económica que le induce a cambiar de escala. La globalización se distingue de las fases previas de internacionalización de la economía por el hecho de que ya no consiste sólo en movimientos de personas, capitales, materias primas y mercancías, sino que se efectúa por la organización de los procesos de producción a escala internacional y por una movilidad generalizada. La globalización, al asociar sociedades locales diversas en un mismo proceso productivo, añade a la diferenciación social una diferenciación territorial. Además, contribuye a la diferenciación cultural porque, en un mismo movimiento, cuando parece «homogeneizar» en cierto modo las prácticas y los estatus difundiendo en todas partes los mismos objetos, las mismas referencias y casi los mismos modos de organización, la globalización amplía también de forma inédita el abanico en que las personas, grupos y organizaciones pueden elegir y desarrollar sus características específicas.

La diversificación social transforma igualmente las estructuras familiares y su funcionamiento. La familia típica de pareja con hijos que constituía la referencia económica y política dominante es hoy minoritaria. Pero las familias tradicionales están a su vez más diversificadas, puesto que casi una cuarta parte de ellas se han «recompuesto», dando lugar a una estructuración familiar cada vez más compleja que los demógrafos y los juristas no saben cómo calificar, con hijos que tienen hasta ocho abuelos, sin contar los medio hermanos, los hermanos postizos y las casi cuñadas.

La diferenciación se da también por la diversificación de las biografías. Los ciclos de la vida, en otros tiempos marcados por grandes etapas casi idénticas para todos, experimentan hoy episodios cada vez más variados, incluso con bucles, con el regreso de los jóvenes adultos al domicilio paterno después de convivir con

otros o el retorno a la soltería de los divorciados. La diversidad crece igualmente por la aceleración de los cambios en los modos de vida y en los sistemas de valores. Antes, cada generación reproducía —más o menos— los usos y costumbres de las generaciones precedentes en las diversas etapas de su ciclo vital. La aparición del fenómeno adolescente en los Estados Unidos de la posguerra puso de manifiesto el debilitamiento de esta reproducción intergeneracional. Hoy, muchos observadores consideran que la proximidad intergeneracional de los adolescentes es más fuerte en múltiples ámbitos, y en particular en el ocio (música, deporte, lectura), que la proximidad intergeneracional en el seno de un mismo grupo socioprofesional. Las desigualdades sociales subsisten, por supuesto, incluso algunas han aumentado, pero para una parte de población cada vez mayor se trata de diferencias de grado y no de naturaleza y no se aglutinan para formar categorías homogéneas. De hecho, la gama de precios de la mayoría de los artículos de consumo se ha ampliado llegando en el caso de los automóviles a más de cincuenta.

La movilidad social es el corolario de la diferenciación. Avanza demasiado despacio, pero las trayectorias vitales y costumbres cotidianas ya no vienen tan determinadas por el origen social de cada uno. La socialización inicial, por el contacto con el círculo de los padres, pierde su valor relativo frente a formas más amplias de socialización en las que los medios de comunicación, información y transporte tienen una importancia cada vez más significativa. Este proceso concierne evidentemente menos a las categorías extremas, como los jóvenes de los suburbios o de los barrios altos, cuya socialización es más restrictiva y se efectúa en medios más homogéneos.

La movilidad física de las personas y de la información participa también activamente en la diferenciación social. Es al mismo tiempo un instrumento y un resultado. Hace posible los contactos y los intercambios esporádicos o regulares fuera de las proximidades. Amplía de este modo las bases sobre las que se apoyan las diferenciaciones y las afinidades.

Las personas tienen una multipertenencia social, son socialmente plurales. Sus costumbres, sus sistemas de valores, sus decisiones individuales son el resultado de socializaciones y de circunstancias diversas. Por ejemplo, el deporte que practique una persona estará más relacionado con su origen geográfico, la música que escuche tendrá que ver con el grupo de edad, su trabajo dependerá en gran parte de los orígenes socioprofesionales de sus padres, las vacaciones se decidirán cada vez más en una negociación familiar, su voto político dependerá del lugar donde viva, etc.

La diferenciación social parece ir pulverizando poco a poco una sociedad en la que individuos más diferenciados y autónomos comparten sólo momentáneamente valores y experiencias sociales.

El nacimiento de la sociedad hipertexto

A pesar de esta aparente atomización de la sociedad en individuos más autónomos, el aspecto social no ha desaparecido. Y, contrariamente a lo que afirman a veces los políticos, los vínculos sociales no se han «roto». Por supuesto, algunos individuos y grupos sociales experimentan graves dificultades y un sector no despreciable de la población está excluido del mercado de trabajo y se encuentra «desafiliado»; es verdad que la diferencia entre los más ricos y los más pobres ha aumentado prácticamente en todos los países desarrollados y la sociedad sufre arrebatos de violencia y falta de civismo. Pero estamos lejos de caer en una anomia masiva o de arrastrarnos hacia la barbarie. Por el contrario, las exigencias de seguridad, de civismo y de Estado de derecho siguen creciendo. Las sociedades occidentales, de momento, parecen seguir su modernización sin sufrir amenazas sustanciales y sin que aparezca ninguna alternativa radical verdaderamente creíble. No sucede evidentemente lo mismo en otras sociedades que se encuentran realmente en proceso de disolución: bien porque se hallan sumi-

das brutalmente en la globalización y experimentan de forma acelerada y acentuada los dramas que sufrió Europa en los siglos XIX y XX, bien, por el contrario, porque han quedado fuera de la globalización y se hunden en el hambre, las guerras y las enfermedades.

Nuevos tipos de relaciones sociales

Resulta evidente que la búsqueda de la modernización en los países ya muy modernizados no provoca la desaparición de las relaciones sociales. Lo social «funciona». Pero los vínculos cambian de naturaleza y soporte.

Los vínculos fuertes —muy compactos— tradicionales que conectaban (unían) antiguamente en las comunidades rurales y medievales a personas semejantes eran muy sólidos y multifuncionales y apenas necesitaban leyes o mecanismos administrativos para codificarlos y preservarlos. Las personas pasaban su vida al lado de la misma gente. Con la transición de la comunidad rural o del burgo a una sociedad urbana e industrial, los vínculos entre individuos diferentes se diversificaron, multiplicaron y comenzaron a especializarse. Pero en las ciudades, suburbios y burgos del siglo XIX el vecino solía ser un colega, un amigo, un pariente, un parroquiano o un compañero de lucha. Hoy, por el contrario, la vida en las ciudades se desarrolla a otra escala y la coincidencia de las diferentes esferas de relaciones sociales es cada vez menor. Los vecinos ya no suelen ser amigos de la infancia, compañeros de trabajo o parientes. Cada persona se relaciona con muchas otras a diario y durante toda su vida, dentro y fuera del trabajo; elige uno o varios cónyuges sucesivos, a sus amigos y vecinos. Utiliza en sus relaciones una amplia gama de medios: el uso de las telecomunicaciones permite variar las formas de interacción y el automóvil se ha convertido en la principal herramienta de los encuentros cara a cara. Los vínculos económicos y técnicos socializan también a los consumidores a través del uso de bienes y servicios comerciales: nuestra alimentación cotidiana, así como los objetos

que utilizamos, son en gran medida productos elaborados y distribuidos por multinacionales; hasta la actividad más nimia se encuentra inscrita de hecho en múltiples relaciones.

Los vínculos sociales se han multiplicado, pues, extraordinariamente. Su naturaleza se ha diversificado y se apoyan en formas de comunicación múltiples: el intercambio de mensajes por Internet y una reunión en un café son, claramente, interacciones cualitativamente distintas. Los vínculos son mucho más «débiles» que antes y también más frágiles. En cambio, resulta más fácil establecer otros nuevos. Se trata de «la fuerza de los vínculos débiles». El tejido social constituido por los vínculos sociales contemporáneos cambia de textura. Está compuesto por múltiples «hilos», muy finos, de todo tipo, que no le restan solidez sino que le confieren mucha más finura y elasticidad. Este tejido de fibras diversas es además social y culturalmente heterogéneo.

Estructura social en redes

Las estructuras sociales que surgen en la actualidad, a base de vínculos débiles muy numerosos y entre organizaciones e individuos a menudo alejados, son de tipo reticular. La sociedad está estructurada y funciona como una red, o más bien como una serie de redes interconectadas que aseguran una movilidad creciente de personas, bienes e informaciones. La generalización de esta movilidad deja obsoletas las antiguas estructuras areolares basadas en procesos de «difusión» limitada en el espacio y sobre áreas de movilidad restringida. Esta organización en redes funda una nueva solidaridad de hecho, en el sentido de un sistema de interdependencias entre los individuos. Después de la «solidaridad mecánica» de la comunidad rural y de la «solidaridad orgánica» de la ciudad industrial, surge un tercer tipo de solidaridad, la solidaridad «conmutativa», que relaciona a individuos y organizaciones pertenecientes a muchas redes conectadas entre sí. El reto para la democracia se encuentra en transformar esta solidaridad conmutativa de hecho en

una solidaridad «reflexiva», es decir, en ser conscientes de pertenecer a sistemas de intereses colectivos.

Múltiples pertenencias sociales

La sociedad se compone hoy de individuos con «múltiples pertenencias», es decir, que se desenvuelven en campos sociales diferenciados. Los campos más importantes son el trabajo, la familia, el ocio, la vecindad, las organizaciones religiosas y sociopolíticas. Antes, en las comunidades rurales, estos campos sociales se superponían. Con el desarrollo de la sociedad urbana e industrial se produjeron las primeras disociaciones, pero aún coincidían en gran medida. Hoy, sus intersecciones son cada vez menos numerosas; forman una especie de millojas social y son los propios individuos quienes las unen, al pasar de una a otra varias veces al día.

Los individuos se desplazan real o virtualmente por universos sociales diferentes. Forman un hipertexto, como las palabras que vinculan una serie de textos informatizados. El hipertexto es el procedimiento que permite seleccionar una palabra de un texto y acceder a dicha palabra en otra serie de textos. En un hipertexto, cada palabra pertenece simultáneamente a varios textos; en cada uno de ellos participa en la producción de sentidos diferentes interactuando con otras palabras, pero según una sintaxis que puede cambiar de un texto a otro. La digitalización de imágenes ha abierto la posibilidad de construir asimismo hipermedios que establecen vínculos entre textos, documentos sonoros e imágenes (el prefijo «hiper» se utiliza en el sentido matemático de hiperespacio, es decir, de un espacio con n dimensiones).

Las personas se encuentran así en campos sociales distintos como las palabras en los diferentes documentos de un hipertexto. Interactúan en uno con los compañeros de trabajo de acuerdo con una «sintaxis» profesional, en otro con los parientes según una «sintaxis» familiar, en un tercero con socios según una «sintaxis» deportiva, etc. Estamos ante los «individuos-palabra» que

constituyen por sí mismos los principales vínculos entre estos «textos-campos sociales». Pasan de un campo a otro ya sea desplazándose o mediante las telecomunicaciones. Cuando alguien llama por teléfono a casa desde el trabajo, en cierto modo cambia de «texto».

Los diversos campos sociales son de naturaleza diferente. La participación de las personas en cada uno de ellos pueden ser más o menos voluntaria y duradera. Las interacciones pueden ser económicas, culturales, afectivas, recíprocas, jerárquicas, normalizadas, cara a cara, escritas, habladas, telecomunicadas, etc. Los campos son de escala variable (de «local» a «global») y más o menos abiertos. Las redes que estructuran dichos campos pueden ser en forma de estrella, malla o jerarquizadas. Y los individuos efectúan un *code switching*, es decir, intentan hacer malabarismos con los distintos códigos para poder pasar de uno a otro.

Esta metáfora del hipertexto también permite renovar la identificación y el análisis de las desigualdades sociales. No todos los individuos disponen —por diversos motivos que tienen que ver con sus historias personales— de las mismas posibilidades de construir espacios sociales con n dimensiones o de pasar fácilmente de un campo social a otro. Para algunas personas, el milhojas de redes está completamente aplastado: sus campos económicos, familiares, locales, religiosos se superponen. Por ejemplo, los excluidos del mercado de trabajo no multipertenece: viven por lo general en los suburbios, subsisten gracias a una economía «informal» local y sólo se reúnen con gente de su barrio. La posibilidad de desplazarse en una serie de campos ofrece oportunidades a las que no todos tienen acceso. Esta multiplicidad puede plantear a determinadas personas problemas psicológicos complicados y dificultar la constitución de su «yo». Pero la sociedad hipertexto renueva profundamente los modelos de constitución de lo social, así como de las identidades personales.

Del capitalismo industrial al capitalismo cognitivo

Los cambios económicos en curso ponen de manifiesto que las sociedades occidentales empiezan a salir del industrialismo, es decir, de un sistema económico basado fundamentalmente en la industria definida como «el conjunto de actividades económicas que tiene por objeto la explotación de las materias primas, de las fuentes de energía y su transformación, así como los productos semielaborados y bienes de producción o de consumo», y que están entrando en una economía cognitiva, basada en la producción, apropiación, venta y uso de conocimientos, información y procedimientos. Esto no significa que la industria vaya a desaparecer. Pero al igual que la agricultura pasó con el capitalismo industrial a depender del modelo industrial, que había redefinido tanto sus finalidades como sus métodos y valores, así la producción industrial depende cada vez más de las lógicas y de los poderes de la economía cognitiva. Más concretamente, los resultados de una empresa industrial dependen hoy en primer lugar de su capacidad de conocer los mercados, de utilizar los conocimientos técnicos y científicos, de inventar respuestas, de desarrollar capacidades de innovación, de organizar procesos, dirigir las reacciones frente a los acontecimientos, de analizar costes, coordinar actuaciones y controlar las comunicaciones en caso de crisis. El carácter estratégico de la economía cognitiva se confirma de cierta forma por el proceder en ciertos sectores de las grandes empresas de los países desarrollados, que parecen dejar la producción material a otros —y al resto del mundo— y que se concentran en las nuevas tecnologías atrayendo capitales y personal cualificado de todo el mundo para garantizar su desarrollo.

Esta nueva «economía cognitiva» aparece como expresión de la fase contemporánea de la modernización en el campo de la economía. Dicho de otra forma, la economía cognitiva es a la «sociedad hipertexto» y a la «solidaridad conmutativa» lo que la economía industrial fue a la «sociedad urbana» y a la «solidaridad

orgánica» y lo que la economía de mercado rural fue a la «comunidad» y a la «solidaridad mecánica» (véase la tabla al final de este capítulo).

El fin del futuro previsible y planificable

El sistema fordista, a pesar de algunos incidentes y crisis, había funcionado bien durante más de medio siglo. Este sistema se basaba en la previsibilidad del futuro. Las empresas podían producir antes de vender, amortizar las variaciones del mercado con los stocks e invertir a largo plazo. Los trabajadores podían contar con el crecimiento y esperar, a medio plazo, un aumento de su poder adquisitivo y una mejora de sus condiciones de vida. Consumían los bienes que producían. Estaban protegidos en caso de enfermedad y no sentían inquietud por sus pensiones. Es verdad que no todo era perfecto en el mejor de los casos, como demostraron las luchas sociales. Pero la imagen que la sociedad occidental tenía de sí misma era, en conjunto, optimista.

Este sistema se apoyaba en la posibilidad de limitar las incertidumbres. La planificación era uno de los instrumentos fundamentales para los países, las empresas, para el desarrollo urbano y la ordenación territorial. Entró en crisis progresivamente a finales de los años sesenta. La producción masiva chocó con la diferenciación social y la diversificación de la demanda. Las tecnologías y las formas de organización que habían garantizado el crecimiento de la producción y la productividad llegaron a su límite. Las recetas keynesianas se volvieron antiproductivas en economías más abiertas, la intervención del Estado del bienestar se volvió muy cara y tuvo efectos perniciosos. La globalización, la aceleración de los movimientos de capitales y las políticas de transferencia de regulaciones hacia los mercados contribuyeron además a aumentar la incertidumbre. Todos estos cambios hicieron que se cuestionaran las formas fordo-keynesianas de industrialismo. Sus dispositivos, basados en la productividad por repetición (la rutina

tayloriana y el consumo masivo), con razonamientos simples modelados según un ideal de previsibilidad (la programación y la planificación lineales), entraron en crisis, unos tras otros, sumándose a la inseguridad e inestabilidad creadas por la dinámica de la modernización, pero sentando las bases para el nacimiento de una nueva forma de economía de mercado.

Una nueva economía del conocimiento y de la información

La expresión «nueva economía» se usa mucho hoy, pero es un cajón de sastre. Engloba a los sectores de producción de nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (hardware y software), la net-economía, es decir, las actividades económicas directamente relacionadas con el uso de Internet, y más ampliamente la economía cognitiva, es decir, las industrias y servicios en los que predominan la producción, venta y utilización de conocimientos, informaciones y procedimientos. El desarrollo de esta economía se inscribe en el proceso de modernización y está relacionado con el nacimiento de la sociedad hipertexto.

Se trata, en efecto, de una economía cada vez más reflexiva que incorpora bajo las formas más diversas el progreso de la ciencia y de la técnica: mediante el desarrollo de máquinas cada vez más sofisticadas que integran numerosas tecnologías de información y comunicación (TIC), empleando una mano de obra globalmente más cualificada y cuyas tareas son menos repetitivas, recurriendo a métodos de gestión que exigen una información rápida y abundante para enfrentarse a más incertidumbres y a elecciones más complejas. La característica esencial de esta nueva economía es que una parte creciente de las actividades económicas y de los valores que produce depende del capital cognitivo incorporado en las personas, máquinas y la organización. Los modelos industriales de producción se vuelven inútiles, y resulta difícil calcular el valor del capital, ya que en gran medida está formado por «activos intangibles», es decir, conocimientos y expe-

riencia, modos de funcionamiento, relaciones personales, creatividad, etc.

La nueva economía también está más individualizada, tanto en lo referente al consumo como a la producción. Los consumidores exigen del «a medida industrial» productos más variados y específicos; el conocimiento de sus necesidades particulares es fundamental en la competitividad del comercio, de los servicios y de la industria. La evolución de la producción industrial demuestra asimismo el proceso de individualización, ya se trate de cualificaciones, estatus y carreras de los trabajadores, de los modelos de organización, del funcionamiento por proyectos en los que cada uno encuentra un puesto temporal en un colectivo o de la flexibilidad y la desincronización de los horarios de trabajo...

Finalmente, esta nueva economía está también más diferenciada. La división del trabajo no deja de crecer, los trabajadores están más cualificados y las empresas más especializadas. Este cambio se ve acentuado por la externalización generalizada en las grandes empresas. Efectivamente, los progresos técnicos en el transporte y las comunicaciones abaratan los costes de las transacciones, de forma que resulta más conveniente recurrir al mercado. La subcontratación, las *joint-ventures*, las sociedades y franquicias sustituyen al antiguo modelo organizativo de las grandes industrias.

FUNDADA EN 1620
Una economía más urbana

La producción y los servicios salen de la empresa, dando al contexto espacial una nueva importancia económica. Antes, la mayor parte de la actividad de las grandes empresas se desarrollaba en sus locales. Hoy, con la externalización de una parte creciente de la producción y los servicios, la actividad se hace cada vez más fuera de sus instalaciones, transformando de hecho las ciudades y los territorios en espacios productivos. Esto aumenta la importancia de las «externalidades» de todo tipo y supone nuevas res-

pensabilidades para los poderes públicos, que deben contribuir a crear un entorno material, económico, social y cultural propicio a las actividades económicas. Pero las reestructuraciones y reconversiones rápidas y brutales de las empresas, la movilidad de los capitales, la aceleración de los ciclos de producción y el desarrollo de los medios de transporte y de comunicación modifican también las expectativas, de forma que las antiguas industriales locales especializadas se vuelven obsoletas. El desarrollo económico de las ciudades descansa cada vez más en su accesibilidad, es decir, su conexión con las grandes redes de transporte terrestre y aéreo, y en su potencial de mano de obra cualificada. La atracción de las jóvenes capas medias y altas se convierte así en elemento central de las políticas urbanas, que dan prioridad al desarrollo de la calidad de vida, los equipamientos educativos, la cultura, el ocio y la propia imagen de la ciudad.

El uso de medios de transporte rápidos y de las telecomunicaciones por parte de las empresas contribuye también a reestructurar las ciudades y los territorios. El desarrollo de la net-economía (comercio electrónico al por menor y entre empresas [e-comercio], e-formación y teleenseñanza, e-contratación y e-personal temporal, e-salud y telemedicina, e-banca y e-seguros, e-bolsa, e-seguridad y televigilancia, e-información y telediarios, etc.) cambia los criterios de localización de las actividades e influye especialmente en la reconfiguración de los centros direccionales y de las especializaciones comerciales. Los centros financieros ven reforzada su función, puesto que acogen actividades muy cualificadas en las que la información está muy presente. La logística se convierte en una función clave en los procesos de producción y da lugar a nuevos equipamientos multimodales y multiservicios (las plataformas logísticas). Los aeropuertos se rodean de una gama muy amplia de empresas, atraídas por su accesibilidad aérea y terrestre.

*El papel de las tecnologías de la información
y de la comunicación*

La dinámica de la economía capitalista persiste y desempeña un papel creciente en la sociedad puesto que las actividades humanas objeto de producción y servicios de mercado van en aumento. Las tecnologías de la información y de la comunicación desempeñan un papel fundamental en esta dinámica. No cambian por sí mismas la sociedad, pero, utilizadas por los actores económicos y por los consumidores, pueden contribuir a darle nueva forma porque están especialmente adaptadas a ella, ya que, por una parte, se integran activamente en las dinámicas de racionalización, de individualización y diferenciación de la sociedad hipertexto y, por otra, son herramienta y soporte del capitalismo cognitivo que puede aprovechar —en el más amplio sentido de la palabra— los rápidos avances de sus resultados. Éstos están tan ligados a la digitalización que, al modificar de forma decisiva la productividad, la acumulación y circulación de la información, contribuyen de manera determinante a la dinámica del capitalismo cognitivo. Las TIC participan también activamente en la aceleración del desplazamiento de personas, información y bienes, teniendo en cuenta que todo aquello que marca diferencias —sobre todo en términos de velocidad— casa bien en la lógica capitalista basada en la competencia y la acumulación.

Estas tecnologías no han agotado ni mucho menos sus posibilidades. Van ocupando progresivamente —como ya ocurrió con la electricidad— una posición genérica, es decir, que penetran en todos los sectores económicos y en todas las esferas de la vida social. Ya no existe prácticamente ninguna industria, ciencia o tecnología cuyo desarrollo no dependa del uso de las TIC, sobre todo en campos nuevos como la genómica y la cognítica.

Internet tiene en este contexto una función de soporte; es una especie de metamedio que asocia y articula los distintos modos de producción y de circulación de la información. De hecho, asistimos progresivamente a la «convergencia» alrededor de Internet de

todos los medios de comunicación y a la aparición de nuevos aparatos que integran en objetos móviles televisión, teléfono, ordenador, agenda, libro, cámara de fotos y vídeo.

Nuevas regulaciones del capitalismo cognitivo

La acumulación y concentración de capital sigue aumentando en el contexto de la globalización y de la nueva economía cognitiva. Incluso en ámbitos muy nuevos, las actividades se organizan o se reorganizan en todo el mundo alrededor de unas cuantas grandes empresas. El proceso de crecimiento y de crisis se ha acelerado, y no hay que dejarse embaucar ni por el fenómeno de las *start-up* —cuya existencia independiente suele ser breve— ni por la proliferación de pequeñas y medianas empresas de duración variable que dependen más o menos directamente de grandes grupos. No hay que confundir por tanto el fin del industrialismo con el fin de la economía capitalista. Las leyes económicas no son nuevas, pero se aplican en un contexto diferente. El mercado es quizá más transparente, los costes de transacción menores y las informaciones menos asimétricas; los sistemas de adaptación de la oferta y la demanda están más sincronizados, el origen del valor es otro y los modelos de productividad se han renovado: sólo falta que la dinámica de acumulación prosiga, y tiene todas las cartas para continuar así durante un tiempo.

La economía cognitiva experimenta y experimentará, por tanto, las múltiples disfunciones del capitalismo, sus sacudidas y crisis de todo tipo: económicas, sociales y medioambientales, a medida que los intereses sociales se multipliquen y que la competencia entre empresas y territorios aumente. Debe ser «regulado», puesto que no puede funcionar de forma permanente sin instituciones que representen a los distintos colectivos sociales y territoriales, sin reglas comunes, sin poderes colectivos legítimos y capaces de hacer respetar las reglas, sin intervenciones correctoras y compensadoras, sin modelos de gestión de los conflictos.

Pero las regulaciones establecidas en el período precedente funcionan cada vez peor en el contexto del capitalismo cognitivo, entre otras razones porque la globalización contribuye a socavar las bases nacionales del Estado del bienestar, las políticas keynesianas se vuelven ineficaces ya que la relación salarial fordiana cede terreno ante contratos de trabajo mucho más inestables, las inversiones privadas a largo plazo se vuelven más escasas, los ciclos de los productos se acortan y porque surgen nuevos problemas sociales y nuevas desigualdades. Sin embargo, parece esbozarse un nuevo tipo de regulación, que podríamos calificar de «regulación societaria» en la medida en que los actores, con lógicas diferentes y con intereses posiblemente divergentes o incluso contrapuestos sobre una serie de puntos, intentan o se ven obligados a preparar gestiones conjuntas, negociar compromisos duraderos y crear instituciones colectivas.

El capitalismo cognitivo se apoya con más fuerza si cabe que el capitalismo industrial en la Bolsa y el capital financiero, pero ahora se nutre en gran medida del ahorro de los asalariados y de los profesionales independientes que utilizan estos valores bursátiles para asegurarse una parte creciente de su protección social y primordialmente para garantizar y financiar sus pensiones. El fordismo había hecho de los trabajadores de masa consumidores de masa. Hoy, los trabajadores-consumidores se convierten en accionistas, directamente comprando las acciones e indirectamente con sus fondos de pensiones. Los «fondos de pensiones» adquieren así una importancia social y económica considerable y se convierten en grandes inversores en bienes inmuebles. Además, la crisis del Estado del bienestar, que es también una crisis de su modo de organización y de sus resultados, lleva a los poderes públicos nacionales y locales a recurrir cada vez más a actores privados para asegurar todo tipo de prestaciones, incluso si tienen que subvencionar a dichos actores o a aquellos que deben comprar sus productos y servicios. Las concesiones y los acuerdos públicos-privados de todo tipo se multiplican. La globalización, el debilitamiento de las barreras arancelarias, la aceleración del transporte de bienes, perso-

nas, informaciones y capitales hacen necesarios la creación y el refuerzo de instituciones supranacionales de regulación, mientras que los poderes públicos locales ven consolidado su papel económico y social en un contexto de competencia interterritorial agudizada por la internacionalización y el desarrollo de medios de transporte y comunicación.

La asociación de diferentes tipos de actores es una forma «reflexiva» de regulación más adaptada a una sociedad abierta, muy diversificada, móvil e inestable. Las instituciones a las que dan lugar aportan una estabilidad relativa en un contexto marcado por todo tipo de incertidumbre.

La amplitud de los cambios sociales, económicos, culturales, políticos y territoriales generados por el nacimiento de la sociedad hipertexto y del capitalismo cognitivo confirma la tesis de la entrada de las sociedades occidentales en una nueva fase del proceso de modernización. Como en las dos ocasiones anteriores, se producen muchos cambios necesarios. La sociedad hipertexto y el capitalismo cognitivo provocan, pues, una tercera revolución urbana moderna. Esta última es la que vamos a describir para, partiendo de los problemas específicos que plantea y de los desafíos generales de la sociedad moderna avanzada, deducir los principios y los métodos de actuación para la creación, desarrollo y gestión de las ciudades.

FUNDADA EN 1620
QUITO

Esquema de la dinámica de la modernización occidental y del contexto de las tres revoluciones urbanas modernas

	<i>Comunidad</i>	<i>Sociedad industrial</i>	<i>Sociedad hipertexto</i>
Vínculos sociales	Poco numerosos, cortos, sin diversificar, poco mediatizados, estables, fuertes y multifuncionales	Más numerosos, de varios tipos, evolutivos, fuertes, en vía de especialización	Muy numerosos, muy variados, mediatizados y directos, frágiles, especializados
Tipo de solidaridad	Mecánica	Orgánica	Conmutativa
Territorios sociales (espacio de las relaciones sociales)	Autárquicos y cerrados en gran medida, con centralidad local	Integrados en un conjunto más grande, entreabierto, con base nacional	Abiertos, múltiples, cambiantes, con escalas variables (de local a global) reales y virtuales
Morfología socio-territorial	Alveolar	Areolar	Reticular
Paradigmas dominantes	Creencias, tradición y continuidad, destino, fuerza, autoridad, sabiduría	Razón universal Funcionalidad Simplificación y especialización Democracia representativa	Complejidad, incertidumbre, autorregulación, flexibilidad Gobernancia
Actuaciones	Repetitivas y rutinarias	Racionales	Reflexivas
Regulaciones principales	Costumbres, jefe	Estado y leyes	Sistemas estatales, subsidiarios, derecho y contratos, sociedades, opinión pública
Actividades económicas dominantes	Agrícolas	Industriales	Cognitivas
Cultura	Predominantemente local	Con componentes socioprofesionales	Diversificada e híbrida (multipertenencia social y cultural)
Tipo urbano dominante	Ciudad-mercado	Armadura urbana jerarquizada y ciudades industriales	Sistema metropolitano
Instituciones	Parroquias, cantones y jurisdicciones, Estado-nación	Comunas, jurisdicciones, administración centralizada, Estado-nación del bienestar Pactos, alianzas y tratados	Aglomeraciones, países, regiones, Estado-nación del bienestar Organizaciones internacionales y supra-nacionales, ONG



CAPÍTULO 3

LA TERCERA REVOLUCIÓN URBANA MODERNA

La primera modernidad y su revolución urbana suscitaron nuevas ideas —que denominaremos paleourbanismo— y las primeras utopías; la segunda modernidad y su revolución urbana produjeron modelos y dieron nombre al urbanismo. La tercera modernidad y su revolución urbana están dando lugar a nuevas actitudes frente al futuro, nuevos proyectos, formas de pensar y de actuar diferentes: es lo que llamaremos de ahora en adelante neourbanismo o «nuevo urbanismo» (aunque esta expresión haya cobrado un significado especial en estos últimos años, especialmente en Estados Unidos¹).

Esta tercera revolución urbana comenzó hace tiempo: en treinta años la evolución en las costumbres de los ciudadanos, en las formas de las ciudades, en los medios, motivos, lugares y horarios de los desplazamientos, de las comunicaciones y de los intercambios, en los equipamientos y servicios públicos, en la tipología de las zonas urbanas, en las actitudes hacia la naturaleza y el patrimonio, etc., ha sido considerable. Han surgido nuevos inventos, como el vídeo, el teléfono móvil, los ordenadores portáti-

les o Internet, de gran importancia en la vida urbana. La generalización del segundo automóvil y del AVE ha contribuido a modificar profundamente el territorio. Pero estos cambios no han hecho más que empezar. El nuevo proceso de modernización determina las tendencias a largo plazo. Se trata de identificar estas tendencias con la mayor precisión posible, no para predecir el futuro o decidir sobre él, lo que sería una ingenuidad, sino para evaluar el impacto que puedan tener sobre las ciudades y las formas de vida urbana y elaborar, en consecuencia, instrumentos susceptibles de ayudar a gestionar del mejor modo posible dichos cambios estructurales.

En nuestra opinión, cinco grandes cambios caracterizan esta tercera revolución urbana moderna: la metapolización, la transformación de los sistemas urbanos de movilidad, la formación de espacios-tiempos individuales, la redefinición de la correspondencia entre intereses individuales, colectivos y generales, y las nuevas relaciones de riesgo.

La metapolización: las ciudades cambian de escala y de forma

La metapolización es un doble proceso de metropolización y de formación de nuevos tipos de territorios urbanos: las metápolis.

Podemos definir la metropolización como el intento de concentración de las riquezas humanas y materiales en las aglomeraciones más importantes. Es un proceso que se produce en todos los países desarrollados, incluso si adopta formas diversas propias de las especificidades regionales y nacionales. Es, principalmente, el resultado de la globalización y de la profundización de la división del trabajo a escala mundial, que hacen cada vez más necesarias y competitivas las aglomeraciones urbanas capaces de ofrecer un mercado de trabajo amplio y diversificado, la presencia de servicios de muy alto nivel, un gran número de equipamientos e infraestructuras y buenas comunicaciones internacionales. Los em-

pleos, los comercios, los equipamientos sanitarios, educativos, culturales y de ocio de las grandes aglomeraciones atraen asimismo a las poblaciones más cualificadas.

La metropolización, como ocurrió con el crecimiento de las ciudades, se apoya en el desarrollo de los medios de transporte y de almacenamiento de bienes, información y personas (el sistema bip) y en las tecnologías que mejoran su rendimiento. Por ejemplo, la velocidad de desplazamiento de las personas en las ciudades europeas ha aumentado casi un treinta por ciento en quince años, al tiempo que se desarrollaban el teléfono móvil y el uso de Internet, los discos compactos y las transmisiones vía satélite y se generalizaba el uso de congeladores y hornos microondas. Estos medios de transporte y de almacenamiento, rentables y cada vez más individualizados, confieren nuevas formas a las aglomeraciones urbanas. Se constituyen de este modo las «metápolis», es decir, grandes conurbaciones, extensas y discontinuas, heterogéneas y multipolarizadas.

El proceso de urbanización y de crecimiento de las ciudades que acompañó a las dos primeras fases de la modernización y les sirvió de punto de apoyo continúa bajo nuevas formas. El crecimiento interno de las aglomeraciones, por extensión a su periferia inmediata y por densificación, da paso a un crecimiento externo, es decir, por absorción de ciudades y pueblos cada vez más alejados hacia su zona de funcionamiento cotidiano. Los límites y las diferencias físicas y sociales entre campo y ciudad se vuelven cada vez más imprecisos. La dilatación de los territorios urbanos frecuentados habitualmente por los ciudadanos resta importancia a la proximidad en la vida cotidiana: el barrio ha dejado de ser lugar de integración de las relaciones de amistad, familiares, profesionales y cívicas; los vecinos son cada vez menos los amigos, parientes y colegas, si exceptuamos algunos guetos de ricos y pobres. Lo local cambia de naturaleza y sentido: cada vez se elige más, y tan sólo abarca realidades sociales fragmentadas. De hecho, incluso los habitantes de las ciudades privadas norteamericanas (las *gated communities*) viven a escala metropolitana: se desplazan mucho, a diario y cada vez más lejos.

Las formas metapolitanas, muy ligadas a los medios de transporte y de comunicación, van dejando su huella en todo el territorio, tanto en las grandes ciudades como en las de tamaño medio. Las estructuras de las redes de transporte rápido (en *hubs* y *spokes*, es decir, en nodos y arcos) influyen cada vez más en los sistemas y redes urbanos. Las ciudades pequeñas y medianas procuran tener buenas conexiones con las grandes aglomeraciones para obtener el máximo beneficio de su urbanidad (de su potencial).

La metapolización, como la globalización, induce un doble proceso de homogeneización y diferenciación: homogeneización, porque los mismos actores económicos o el mismo tipo de actores económicos se encuentran presentes con las mismas lógicas en todos los países y en todas las ciudades; diferenciación, porque la competencia interurbana es mayor y más profunda, acentuando la importancia de las diferencias. Las posibilidades de elección son cada vez más numerosas, y el contacto de los territorios «locales» con lo «global» pone de manifiesto las diferencias e incita a aprovecharlas. Esta doble dinámica de homogeneización y diferenciación constituye el marco de las políticas de desarrollo local y abre un espacio para el debate, la transacción y la asociación entre actores económicos móviles y locales. Lo global estimula lo local, por las comparaciones que se establecen y porque le debe su existencia. Y es, en última instancia, la diversidad de los territorios lo que hace que las personas, bienes, capitales e información se desplacen.

La transformación del sistema de movilidad urbana

La globalización y la metapolización se nutren de las tecnologías de transporte y de comunicación y estimulan su desarrollo. Pero, contrariamente a lo que temíamos o esperábamos, estas tecnologías no ponen en tela de juicio la concentración metropolitana ni sustituyen las ciudades reales por otras virtuales. El uso de las TIC, en concreto, no reemplaza en absoluto a los transportes: el

cara a cara y el contacto directo siguen siendo los medios de comunicación preferidos; la accesibilidad física y la posibilidad de encuentro son más que nunca los principales valores de las zonas urbanas. Un ejemplo claro es la revalorización de los inmuebles cercanos a las infraestructuras de transporte, así como la concentración espacial de actividades direccionales, comercios y actividades de ocio. En cierto modo asistimos incluso a una paradoja: el desarrollo de las telecomunicaciones banaliza y termina por desvalorizar todo lo que sea audiovisual —que se mediatiza y almacena fácilmente— y realza el valor económico y simbólico de lo que no se telecomunica (¿todavía?), lo «directo», las sensaciones táctiles, olfativas, gustativas, los acontecimientos, las fiestas... El boom de las actividades deportivas y de la gastronomía, el éxito de los multicines, el aumento de los desplazamientos relacionados con reuniones familiares o de amigos, la importancia que toman los grandes acontecimientos deportivos y los festivales indican, asimismo, la renovada importancia del cara a cara y de la experiencia directa en la vida urbana.

Sin embargo, las telecomunicaciones contribuyen a transformar el sistema de movilidad urbana de bienes, información y personas y dan lugar a nuevas estructuras espaciales. Por ejemplo, con el comercio electrónico una parte de los desplazamientos de los consumidores ha sido sustituida por el intercambio de información en Internet y el trabajo de un repartidor. Esto puede suponer cambios importantes en la ubicación de los comercios, ya que los bienes de consumo no tendrán que estar disponibles en centros comerciales con alquileres caros, sino en almacenes cercanos a las plataformas logísticas. La importancia de los flujos de entrega modificará igualmente los problemas y las formas de gestión de la circulación urbana y el estacionamiento, favoreciendo el desarrollo de sistemas de localización y seguimiento por satélite. Pero el comercio electrónico no sustituye al comercio «tradicional», sino que lo renueva. El crecimiento del consumo corre parejo al del comercio electrónico. Sin embargo, el atractivo de las tiendas se plantea en nuevos términos: los consumidores deben encontrar

información y productos en ellas y experimentar sensaciones que no procura el comercio electrónico. Es lo que explica el desarrollo de las «compras como ocio», de los acontecimientos comerciales, de los *show-rooms*, de los objetos que se pueden tocar, de las grandes superficies donde pueden probarse materiales y productos e incluso aprender a utilizarlos.

El uso de medios de transporte rápidos y de las TIC cuestiona los sistemas antiguos de centro direccional y de organización urbana radioconcéntrica. El centro geométrico de las ciudades deja de ser el lugar más accesible, sobre todo para los ciudadanos con automóvil. Así pues estamos asistiendo, especialmente en el comercio, a una multiplicación de las polaridades.

La tercera revolución urbana no da lugar entonces a una ciudad virtual, inmóvil e introvertida, sino a una ciudad que se mueve y se comunica, que parte de nuevos compromisos entre los desplazamientos de personas, bienes e información, animada por acontecimientos en los que hay que estar presente, y en la que la calidad de los lugares despierta todos los sentidos, tacto, gusto y olfato incluidos.

La recomposición social de las ciudades

La individualización del espacio-tiempo

La mayor individualización de los ciudadanos supone cambios en las formas en que éstos organizan el territorio y emplean el tiempo. Intentan controlar individualmente su «espacio-tiempo» y para ello utilizan en mayor medida aquellos medios técnicos que aumentan su autonomía, que brindan la posibilidad de desplazarse y comunicarse de la forma más libre. Los medios de transporte individual (automóvil, motos, bicicletas, patines, etc.) expresan, cada uno a su modo, esta exigencia creciente de autonomía y velocidad. Los objetos portátiles, y por encima de todos el teléfono móvil, hablan de esta búsqueda del «donde quiero, cuando quie-

ro, como quiero». Este deseo de autonomía se convierte en una obligación en la medida en que la sociedad se organiza sobre la base de esta individualización. La historia reciente del teléfono móvil así lo indica: poco a poco se hace indispensable para participar en la vida urbana, y los que deciden no tenerlo acaban finalmente por comprarlo. La mayor flexibilidad y la personalización de los horarios de trabajo ilustran igualmente la forma de organización de la sociedad actual sobre la base de una creciente individualización, incluso para maximizar los resultados económicos.

El desarrollo de los medios de transporte y de las telecomunicaciones plantea a cada individuo equivalencias y vínculos directos entre el espacio y el tiempo: las distancias físicas ya no se traducen por duraciones fijas del desplazamiento, sino que cambian según el medio de transporte y de comunicación y según las horas; los ciudadanos eligen en mayor medida los lugares y momentos de su actividad; también pueden elegir entre un cambio de lugar (desplazamiento) y un cambio de tiempo (desincronización). De hecho, las herramientas, técnicas y modalidades que permiten modificar el tiempo y el lugar de las actividades individuales y colectivas constituyen uno de los principales rasgos de la nueva revolución urbana moderna. El uso del mensaje electrónico es el ejemplo perfecto de este cambio, puesto que permite la transmisión acelerada de la información y su gestión desde cualquier lugar donde haya conexión.

Todas estas técnicas son a la vez técnicas de desincronización y de resincronización, de desplazamiento y de «reposición». El éxito del dúo microondas-congelador señalado anteriormente así lo indica: favorece la autonomía a la hora de comer de los individuos y al mismo tiempo hace posible comidas colectivas compuestas de platos individuales diferentes. Es el instrumento por excelencia de la familia contemporánea en la que los individuos quieren «ser libres en compañía». El teléfono móvil es, al mismo tiempo, un instrumento de deslocalización y de relocalización: permite, por ejemplo, la organización rápida y en el último minuto de las fiestas rave...

La preocupación por poder elegir el momento y el lugar de las actividades es una respuesta a la incertidumbre de una vida cotidiana menos rutinaria, compuesta cada vez más por microacontecimientos, y, al mismo tiempo, una forma de romper con la rutina y de aumentar la incertidumbre. La flexibilidad se convierte en una noción clave dentro y fuera del trabajo, puesto que permite adaptarse a un contexto más variado y a circunstancias menos previsibles.

Las formas de regulación antiguas están en crisis. La sirena de la fábrica, la campana de la iglesia y el timbre del colegio ya no marcan el ritmo de la vida urbana, y al servicio de Telerruta le resulta cada vez más difícil prever los días y las horas de los atascos. Los horarios comerciales se amplían para que se pueda acceder a ellos en todo momento, mientras que en algunos países el municipio y diversos actores sociales intentan establecer nuevos sistemas que garanticen el acceso a la ciudad y sus servicios: proyectos sobre desplazamientos y horarios en las ciudades o centros comerciales y servicios «de guardia» las 24 horas. La sociedad promueve asimismo todo tipo de acontecimientos que tienen, entre otros méritos, el de permitir la «relocalización» y la «resincronización» colectivas, de la escala del barrio a la del planeta, de la comida anual entre vecinos a los campeonatos mundiales pasando por festivales, ferias, coloquios y congresos, etc.

Nuevos tipos de servicios públicos

La individualización de la vida urbana también ha provocado una crisis en el concepto y el funcionamiento de los equipamientos y servicios públicos. Así como las empresas se enfrentan a una segmentación de los mercados más sutil y fluctuante que les obliga a desarrollar un marketing personalizado, del mismo modo los servicios públicos —establecidos sobre la base de una misma prestación para todos— deben hacer frente a la inadaptación de sus equipos y prestaciones ante la diversificación de las necesidades

sociales. El caso de los transportes públicos ilustra claramente esta crisis y la necesidad de desarrollar nuevas ideas. En las metápolis los ciudadanos se desplazan cada vez más en todos los sentidos, a todas horas del día y de la noche, de formas diferentes y cambiantes según los días y las estaciones. Los desplazamientos pendulares domicilio-trabajo son minoritarios, al igual que los desplazamientos radioconcéntricos. Sin embargo, los transportes públicos, trenes, tranvías y autobuses, están pensados según el modelo «fordiano», es decir, sobre un principio repetitivo, de producción masiva y economía de escala: el mismo transporte, en el mismo itinerario, para todos y al mismo tiempo. Este tipo de transporte sigue siendo valioso, incluso desde un punto de vista ecológico, en las zonas densas y en los grandes ejes. Pero esto sólo representa una parte minoritaria y decreciente de los transportes. Los habitantes de las metápolis que no disponen de un medio de transporte particular, y sobre todo de un automóvil, tienen cada vez más dificultades, puesto que la ciudad —que se hace cada vez más indispensable— les resulta menos accesible con los transportes colectivos al uso. Es poco probable que esta necesidad de desplazarse vaya a disminuir porque se produzca un retorno al casco antiguo de la mayor parte de la población, así que es necesario desarrollar transportes públicos más personalizados, que presten servicio al conjunto de territorios metropolitanos, combinando varios medios de transporte y utilizando las posibilidades que ofrecen las TIC, de forma que se parezca a un servicio «puerta a puerta», que sería al transporte lo que el *one to one* al marketing.

La creciente autonomía de los individuos va acompañada de una mayor dependencia de unos sistemas técnicos cada vez más elaborados y socializados. El más insignificante acto cotidiano depende de dispositivos complejos y generalmente de mercado. Dichos dispositivos constituyen, de hecho, puntos de partida de las desigualdades sociales, puesto que las nuevas desventajas las multiplican. Las dificultades económicas y culturales de algunos grupos sociales o de edad para utilizar estas herramientas son factores de desigualdad que hacen aún más importante el desarrollo de

nuevos tipos de servicios públicos adaptados a las ciudades de la tercera revolución urbana. La complejidad de las necesidades y prácticas sociales y la personalización indispensable de las prestaciones hacen necesario recurrir a principios de equidad y no de igualdad a la hora de crear estos servicios y su correspondiente financiación.

La redefinición de las relaciones entre intereses individuales, colectivos y generales

La diversificación de los intereses individuales y colectivos

La tercera fase de la modernización se caracteriza por unos vínculos sociales más «débiles», menos estables, pero mucho más numerosos y variados, imbricados en las redes múltiples de la sociedad hipertexto. En este contexto los grupos sociales, entendidos como grupos de pertenencia cuyos miembros comparten de forma duradera un gran número de características (ingresos, cultura, nivel de formación, etc.), tienden a perder su importancia objetiva y subjetivamente. Los individuos ya no tienen la sensación de compartir intereses en diversos campos. Esto complica considerablemente el funcionamiento de la democracia representativa, que se basa, precisamente, en la capacidad de representar a un grupo de electores entre dos elecciones. También pone en tela de juicio a aquellas organizaciones que pretenden integrar posiciones sobre las cuestiones más diversas en un mismo conjunto ideológico o en un mismo programa. Este cambio tiene numerosas consecuencias que forman parte de la tercera revolución urbana moderna.

En primer lugar, hace necesaria una refundación de la arquitectura territorial institucional y una renovación de los modos de funcionamiento de la democracia en general y de la democracia local en particular. El encasillamiento de niveles según el modelo de las muñecas rusas (del distrito a Europa pasando por el municipio, la aglomeración, el país, el cantón, la jurisdicción, la región

y la nación) no es viable a medio plazo en la forma actual. En una sociedad de n dimensiones, y en territorios que cambian de tamaño y de naturaleza dependiendo de costumbres y desplazamientos individuales, es necesario elaborar dispositivos de naturaleza estatal con escalas relativamente flexibles, basados en el principio de la subsidiariedad y que permitan consultar a la población de forma más continuada y diversa. La democracia electrónica presenta realmente algunos peligros, ya que puede no dejar suficiente tiempo para la reflexión y el debate, pero también ofrece alternativas para enfrentarnos a sus nuevos envites.

En segundo lugar, la dinámica de la sociedad hipertexto obliga a revisar con detenimiento la definición de interés colectivo y de toma de decisiones públicas, ya se trate del interés general a la francesa o del interés común anglosajón. El «efecto nimby» (*not in my backyard*, «¡en mi patio no!») y el aumento de los contenciosos en el ámbito de la ordenación territorial reflejan la crisis de la legitimidad pública, la diversificación y la inestabilidad de los intereses colectivos.

Por último, surgen problemas relacionados con el desarrollo de nuevas formas de segregación social. Éstas son producto de distintos factores. Primero, hay una tendencia a la formación de guetos en los que se reagrupan, por diferentes mecanismos económicos, sociales y políticos, poblaciones excluidas del desarrollo económico, es decir, rechazadas por los cambios sociotécnicos. El desarrollo de los medios de transporte ofrece nuevas posibilidades de elección del lugar de residencia, con lo que la población se reagrupa de acuerdo con unas bases que pueden poner en peligro la cohesión social y urbana. Hemos visto en algunos países la construcción de barrios privados amurallados. A esta tendencia a la fragmentación social y al cierre espacial se añade la tentación de ruptura del pacto social y de los vínculos de solidaridad locales y nacionales. Este movimiento se acompaña en todas partes, y especialmente en Estados Unidos, de un rechazo cada vez más explícito al pago de los impuestos locales con el pretexto de que estos barrios podrían volverse progresivamente autosuficientes. Final-

mente, un tercer proceso contribuye en cierto modo a la segregación social: se trata del aumento de la velocidad de desplazamiento. La misma «fuerza segregadora» diferencia socialmente el espacio: desde un edificio en una ciudad en la que nos desplazamos a pie a seis kilómetros por hora hasta los barrios donde nos movemos en autobús o tranvía a 20 kilómetros por hora o los pueblos del extrarradio donde los automóviles van a 50 kilómetros por hora. De hecho, el aumento de la velocidad de desplazamiento obliga a plantearse en nuevos términos las cuestiones de hibridez y de diversidad social en las ciudades actuales.

*Una democracia más procedimental y deliberativa,
una solidaridad más reflexiva*

Las sociedades modernas avanzadas tienen ante sí el desafío de la renovación de los conceptos y modelos de lo político, de la política y de la toma de decisiones públicas, sobre todo en el ámbito de las políticas urbanas. No es éste el lugar para hacer propuestas concretas, pero está claro que la democracia será tanto más eficaz cuanto más en consonancia esté con las estructuras, los modos de funcionamiento y los tipos de representación característicos de la sociedad hipertexto. Esto supone una democracia más procedimental, más reflexiva y más «comprehensiva», es decir, que tenga en cuenta la idea que sobre sus situaciones, comportamientos y acciones tienen las personas. Sin embargo, el lugar que debe tener el debate, no sólo en la vida política sino en el funcionamiento de los aparatos públicos y estatales, no cuestiona la democracia representativa, las reglas mayoritarias ni la responsabilidad de los elegidos. Pero esta democracia «moderna avanzada» debe ser mucho más deliberativa, puesto que en una sociedad hipertexto compleja e improgramable no sólo la mayoría de los problemas son imprevisibles y no constituyen el mandato de los electores, sino que las mayorías estables sobre varios asuntos son cada vez más raras, mientras que las minorías variables se combinan de formas diver-

sas según las circunstancias. El político debe tener en cuenta que la acción pública se construye hoy en el ámbito local más por la dinámica de los proyectos que por el cumplimiento de un programa, más por soluciones ad hoc que por la aplicación de normas, más por el consenso parcial que por grandes acuerdos globales. Asimismo, las reglas mayoritarias y la responsabilidad de los elegidos no deben zanjarse cuando haya diferencias sobre puntos importantes, sino *in fine*, cuando todos los demás medios para alcanzar el consenso se hayan agotado. La legitimidad de una decisión pública y su eficacia son mayores si se han elaborado mediante un proceso que haya reunido a sus protagonistas alrededor de un proyecto común. Este suplemento de legitimidad que aporta la negociación es particularmente necesario en una sociedad con referencias y códigos diversos que se van multiplicando. Es la ventaja de la gobernanza interactiva respecto a los métodos tradicionales de gobierno.

Las reivindicaciones de clase, así como el individualismo tal como se institucionaliza actualmente, no deben considerarse egoísmo, sino expresión de nuevas estructuras sociales que necesitan redefinir las nociones de solidaridad y responsabilidad. Así pues, en lugar de hablar del declive de la moral, hay que vislumbrar con esta modernidad avanzada una «transición moral» que determine la emancipación de los individuos frente a las obligaciones impuestas por reglas «superiores» y las definiciones normativas del valor de las conductas, y que base el respeto a las normas, códigos y valores colectivos en la reflexión sobre su necesidad para la sociedad. Sin embargo, está claro que todos los problemas no podrán resolverse mediante el debate y que en algunos casos los conflictos serán inevitables e incluso necesarios...

La ciudad de los riesgos

Si como afirmaba el dicho medieval «el aire de la ciudad hace libre», a cambio la ciudad es también el lugar de los peligros físicos

y morales. De hecho, las ciudades siempre han sido ambivalentes desde el punto de vista de la seguridad, garantizando a un tiempo protección y suscitando todo tipo de peligros. Esta doble naturaleza de la ciudad se constata hoy por la dinámica de modernización que sigue modificando las relaciones de la sociedad y de los individuos frente al azar y los peligros que lo transforman en riesgo. Es típico de la sociedad moderna querer controlar el futuro, y para ello intenta conocer y medir las probabilidades de que se produzca tal o cual acontecimiento para tomar después decisiones al respecto. El riesgo, que es una noción típica de la modernidad, domina en la actualidad todas las costumbres sociales y da lugar a la «sociedad del riesgo»: tanto los individuos como los actores económicos y sociales hacen del riesgo una cuestión clave y permanente de su vida y de sus acciones.

La paradoja de la modernización es que el desarrollo de los conocimientos y de las técnicas y la circulación vertiginosa y generalizada de la información aumentan el riesgo: el avance de las ciencias provoca también nuevos riesgos relacionados con la contaminación, con las emisiones de gas carbónico y con el uso de sistemas de refrigeración, etc. Los avances de la información han supuesto la difusión inmediata de los sucesos, lo que contribuye a dar la impresión de un mundo urbano lleno de peligros. Pero el aumento del riesgo no se reduce sólo a la sensación de que la sociedad es más peligrosa. Por un lado, la exigencia de seguridad aumenta y, por otro, la inseguridad se incrementa realmente. El avance de la técnica es un arma de doble filo: ofrece nuevas posibilidades pero también acentúa los daños que puede provocar. Además, la sociedad hipertexto emergente no consigue encontrar nuevas formas de regulación, y asistimos en muchos países al aumento de la «violencia urbana» y de todo tipo de delitos.

Estas nuevas relaciones con el riesgo, la incertidumbre y el futuro constituyen en gran parte el éxito de las problemáticas referidas al desarrollo sostenible porque, al mismo tiempo, el proceso de modernización sigue transformando la relación de la sociedad con la naturaleza. Hoy la «naturaleza» está integrada en lo social,

lo que supone tomar decisiones para controlarla y protegerla. La noción de «patrimonio natural» expresa una actitud profundamente moderna de apropiación de la naturaleza por las sociedades humanas.

La transformación hacia la sociedad del riesgo, es decir, el lugar creciente que ocupan las preocupaciones en materia de seguridad física, económica, social y familiar, es resultado a la vez del mayor número de incertidumbres de todo tipo y de la ambición creciente de realizar proyectos, de poner en marcha estrategias, de controlar el futuro. Por ello, tanto los individuos como los actores sociales y económicos buscan lo que puede proteger, tranquilizar, dar confianza. En este contexto hay que situar el «principio de precaución», que tiene tanto éxito en la actualidad que resulta especialmente difícil llevarlo a la práctica. El principio de precaución surge, pues, cuando hay dudas sobre las posibles consecuencias de una decisión, bien porque no llegamos a conocerlas o a calcularlas, bien porque los expertos no se ponen de acuerdo. A medida que el impacto se conoce —o se puede conocer—, el principio de precaución ya no es necesario porque nos encontramos dentro de un ejercicio normal de elección y de responsabilidad. Y no hay que confundir el hecho de ser precavido con la aplicación del «principio de precaución». Éste se refiere específicamente a los procedimientos necesarios cuando algo se desconoce; por tanto, traslada al político todo el peso de la decisión, de la medida suspensiva o dilatoria, o de asumir el riesgo.

Riesgo y principio de precaución son, pues, factores determinantes en el contexto en el que actúan hoy los poderes públicos, urbanistas, planificadores y todas las personas y asociaciones implicadas en la creación y gestión de las ciudades.



CAPÍTULO 4

LOS PRINCIPIOS DEL NUEVO URBANISMO

La tercera revolución urbana moderna —que se inicia con la nueva fase de modernización de las sociedades occidentales— suscita cambios profundos en las formas de pensar, construir y gestionar las ciudades. La evolución de las necesidades, de las formas de pensar y actuar, de los vínculos sociales, el desarrollo de nuevas ciencias y tecnologías y el cambio de naturaleza y escala de los desafíos colectivos dan lugar poco a poco a un nuevo urbanismo que denominaremos neourbanismo para distinguirlo del paleourbanismo de la primera revolución urbana moderna y del urbanismo, concepto que se inventa con motivo de la segunda revolución moderna.

Las categorías que antes intervenían en la idea de ciudad deben revisarse para actualizarlas o debatirlas. ¿Qué ha pasado hoy con la noción de límite y cómo se conciben los espacios cuando la distinción entre ciudad y campo, entre público y privado, entre interior y exterior se difumina? ¿Qué ocurre con las nociones de distancia, continuidad, densidad, diversidad, hibridez, cuando las velocidades de desplazamiento de bienes, informaciones y perso-

nas aumentan de forma considerable? ¿Qué sucede con los equipamientos colectivos y los servicios urbanos en una sociedad con costumbres y necesidades cada vez más variadas e individualizadas? ¿Cómo decidir y actuar por el bien de la colectividad en una sociedad cambiante y diversificada? ¿Cómo idear y hacer ciudades que funcionen, atractivas y justas en el contexto de la sociedad hipertexto y del capitalismo cognitivo?

Vamos a intentar responder a estas preguntas identificando los principales desafíos y pensando las maneras con las que un nuevo urbanismo podría hacerles frente.

1. Elaborar y dirigir proyectos en un contexto incierto

De la planificación urbana a la gestión estratégica urbana¹

El urbanismo moderno definía un programa a largo plazo para la ciudad y establecía los principios de su organización espacial (en forma de planes directores, por ejemplo); después deducía los planes de urbanismo para que la realidad futura encajara en el marco predefinido. Los planes y esquemas estaban destinados a controlar el futuro, a reducir la incertidumbre, a realizar un proyecto de conjunto.

El neourbanismo se apoya en una gestión más reflexiva, adaptada a una sociedad compleja y a un futuro incierto. Elabora múltiples proyectos de naturaleza variada, intenta que sean coherentes, diseña una gestión estratégica para su puesta en marcha conjunta y tiene en cuenta en la práctica los acontecimientos que se producen, la evolución prevista, los cambios que se avecinan, revisando, si es necesario, los objetivos definidos o los medios dispuestos en un principio para su realización. Se convierte en una gestión estratégica urbana que integra la creciente dificultad de reducir la incertidumbre y el azar en una sociedad abierta, democrática y marcada por la aceleración de la nueva economía. A base de tanteo, articula el corto y el largo

plazo, la gran y la pequeña escala, los intereses generales y los particulares. Es al mismo tiempo estratégico, pragmático y oportunista.

La noción moderna de proyecto forma parte del núcleo de este urbanismo. Pero el proyecto ya no es sólo un diseño acompañado de un diseño. Es una herramienta cuya elaboración, expresión, desarrollo y ejecución muestran las posibilidades y limitaciones que imponen la sociedad, los actores enfrentados, los lugares, las circunstancias y los acontecimientos. El proyecto es al mismo tiempo analizador y herramienta de negociación.

El neourbanismo revoluciona la antigua cronología que encadenaba el diagnóstico, la identificación de las necesidades y la elaboración final de un plan, la programación, el proyecto, la realización y la gestión. El neourbanismo sustituye esta linealidad por una gestión heurística², iterativa³, incremental⁴ y recurrente⁵, es decir, por actos que sirven al mismo tiempo para elaborar y probar hipótesis, con realizaciones parciales y medidas a largo plazo que modifican el proyecto y la retroalimentación⁶ tras las evaluaciones y que se traducen en la redefinición de los elementos estratégicos.

La gestión estratégica urbana no es pues un urbanismo descafeinado con ideas sin valor; es lo contrario de las tesis espontaneístas, de los postulados del caos creativo y de las ideologías simplistas del «mercado a ultranza». Por el contrario, trata de aprovechar de forma positiva todo tipo de acontecimiento y evolución relacionado con sus objetivos estratégicos.

2. *Dar prioridad a los objetivos frente a los medios*

De las reglas de la exigencia a las reglas del resultado

El urbanismo moderno se aseguraba los medios de realización de los proyectos mediante reglas simples, imperativas y estables: zo-

nificación, funciones, densidades, alturas, etc. Las reglas eran exigentes, es decir, fijaban al mismo tiempo los objetivos y la forma de conseguirlos.

El neourbanismo da prioridad a los objetivos y los logros y estimula a los actores públicos y privados a encontrar la forma más eficaz de cumplir estos objetivos para la colectividad y para el conjunto de los participantes. Para ello son necesarios nuevos tipos de formulación de los proyectos y de las reglamentaciones. Hay que encontrar los medios para calificar y cuantificar las características deseables de un lugar, su entorno, ambiente, accesibilidad, los equipamientos colectivos y servicios urbanos con los que cuenta. Esta complejidad de las normas se hace necesaria por la diversidad creciente de territorios y costumbres urbanas, por el aumento de las exigencias de calidad, por la mayor dificultad de aplicar decisiones igualitarias y la necesidad de sustituirlas por enfoques más sutiles, menos estereotipados, basados en el principio de equidad. Los planes de urbanismo llamados «cualitativos» se enmarcan en esta nueva perspectiva de reglas que dan prioridad al proyecto sobre los medios, incluso desde el punto de vista arquitectónico y paisajístico.

Este urbanismo de resultados debe establecer normas que faciliten y limiten a un tiempo. Para ello se requieren competencias técnicas y profesionales mucho más elaboradas. No se necesitan tan sólo nuevas capacidades para definir proyectos de forma más esencial y estratégica, sino que hacen falta conocimientos y herramientas para integrar ideas, evaluar propuestas y juzgar si son conformes a los objetivos previstos, además de su beneficio para la colectividad, identificando y calculando sus posibles consecuencias. Este urbanismo es también más creativo, ya que reúne talentos e ideas diferentes, en particular los de los actores que intervienen en las operaciones urbanas.

3. *Integrar los nuevos modelos de resultado*

De la especialización espacial a la complejidad de la ciudad de redes

El urbanismo moderno, muy marcado por el pensamiento tayloriano y fordiano, buscaba resultados en las economías de escala y en la simplificación y repetición de las funciones urbanas a las que destinaba espacios concretos. La zonificación y las grandes urbanizaciones muestran muy bien esta idea.

El neourbanismo integra modelos nuevos de productividad y de gestión, aportaciones de las ciencias de la organización, las tecnologías de la información y la comunicación; no intenta simplificar realidades complicadas, sino que se esfuerza por conjugar territorios y situaciones complejos. Los resultados e incluso su duración se obtienen más bien por la variedad, la flexibilidad y la capacidad de reacción.

Las soluciones únicas y monofuncionales, endeble y poco adaptables dejan paso a respuestas multifuncionales y redundantes, capaces de enfrentarse a los cambios, a la variedad de circunstancias, a las disfunciones y las crisis. Los resultados urbanos se basan más en la puesta en común y la coordinación de potenciales localizados que en la masificación. Las economías de variedad priman sobre las economías de escala.

Esto debe traducirse en una mayor diversidad funcional de las zonas urbanas, en una multicentralidad, en la polivalencia de una parte de los equipos y servicios y en el refuerzo de los transportes y de las diversas redes que, más que nunca, garantizan la eficacia de conjunto de los sistemas urbanos metropolitanos. Los puntos de conexión entre las diferentes redes asumen una importancia creciente y hacen de la intermodalidad en los transportes un envite fundamental para las dinámicas urbanas.

Las limitaciones permanentes y no circunstanciales impuestas por el ahorro de recursos no renovables, la conservación del patrimonio natural y cultural y la lucha contra el efecto invernadero

son otros aspectos que modifican los cálculos económicos y las decisiones urbanas y que, probablemente, influirán en los modelos urbanos favoreciendo los cambios de uso, la reutilización intensiva de las zonas ya urbanizadas y un mayor control del uso del suelo.

Los profesionales del urbanismo tendrán que introducir en su actividad estos nuevos modelos de resultados y aprovechar las posibilidades que ofrecen las TIC. Las bases de datos urbanas y los modelos de simulación y visualización en tres dimensiones presentan grandes progresos que retroactúan sobre el contenido de los propios proyectos. El avance de la ciencia y de la técnica en los diversos campos del urbanismo hará igualmente necesaria la renovación de los conocimientos profesionales y de los dispositivos pluridisciplinarios permanentes (servicios técnicos locales, gerencias de urbanismo, organismos de ordenación y gabinetes técnicos multidisciplinarios). El reto consiste en garantizar al mismo tiempo la continuidad y la capitalización de experiencias y conocimientos y la realización de proyectos que permitan reunir a expertos de alto nivel.

4. *Adaptar las ciudades a las diferentes necesidades*

De los equipamientos colectivos a equipamientos y servicios individualizados

El urbanismo moderno daba preferencia a las soluciones permanentes, colectivas y homogéneas para responder a las necesidades y demandas de vivienda, urbanización, transporte, ocio y comercio. La repetición del servicio permitía amortizar equipamientos costosos: el mismo servicio para todo el mundo y generalmente al mismo tiempo.

El neourbanismo y los servicios públicos urbanos actuales deben tener en cuenta el proceso de individualización que marca la evolución de nuestras sociedades. La diversificación de situaciones

y necesidades hace necesaria una mayor variedad y una personalización de las soluciones. Esta evolución no es nueva: los baños públicos se han transformado en baño familiar y hasta individual; el reloj y la campana, que solían ser equipamientos colectivos, se han convertido en relojes personales; igualmente el teléfono ha pasado de ser equipamiento colectivo a equipamiento privado y después, con el teléfono móvil, a equipamiento personal.

Esta personalización de los servicios necesita de redes y sistemas técnicos más complejos que recurren de forma determinante a las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación. No todos los equipamientos colectivos tradicionales se quedan obsoletos (universidades, hospitales, estadios, etc.), pero deben integrar de una forma nueva la noción de servicio individualizado y apoyarse en las técnicas avanzadas de transporte y telecomunicaciones. Surgen así nuevos dispositivos complejos como, por ejemplo, el sistema que asocia —gracias al uso intensivo de transportes y telecomunicaciones— centros hospitalarios que reúnen todas las disciplinas con un alto nivel de especialización, hospitales de día, asistencia a domicilio, cuidados ambulatorios, Samur, centros de salud y medicina comunitaria. En el ámbito de los transportes, se desarrollan «centrales de desplazamiento» que recopilan y ponen a disposición de los usuarios información en tiempo real sobre los horarios de los transportes colectivos, la disponibilidad de taxis, de transporte a la demanda, de aparcamientos, el estado del tráfico, tarifas, etc. Estos dispositivos ofrecen nuevas posibilidades de elección y hacen viables nuevos tipos de servicios adaptados a diferentes situaciones.

5. *Concebir los lugares en función de los nuevos usos sociales*

De los espacios simples a los espacios múltiples

El urbanismo moderno desarrolló la ciudad sobre la base de un reparto dominante que solía atribuir a lo «público» la responsabi-

lidad de los espacios exteriores, de las grandes infraestructuras y de los equipamientos colectivos, y a lo privado, las superestructuras. Los límites y definiciones de lo privado y de lo público variaban según el país, pero este mismo modelo ha estructurado globalmente la mayoría de las ciudades occidentales.

El neourbanismo se enfrenta al fin de este modelo. Un número creciente de infraestructuras y de equipamientos entremezclan intervenciones públicas y privadas en diferentes tipos de consorcios, concesiones y subsidios combinados con servicios. Los estatutos jurídicos y prácticos de los espacios son cada vez menos homogéneos y no abarcan ya la distinción entre acceso público y privado, acceso libre y reservado, interior y exterior, infraestructura y superestructura, equipamiento y servicio. Las nuevas tecnologías intervienen en esta recomposición permitiendo, por ejemplo, separar la producción, el transporte y la distribución del agua, la electricidad o el teléfono; al trastocar la forma de entender los servicios públicos, hacen posible la modificación de los derechos y de ahí el cambio del concepto de infraestructura y su financiación; por último, con Internet, se crean nuevos tipos de «casiespacios» públicos «virtuales» que llegan a los hogares y las empresas.

La sociedad hipertexto, que separa los campos de las prácticas sociales, utiliza las TIC para hacer posible la pertenencia simultánea a varios tipos de espacio: por ejemplo, el uso de equipos portátiles permite desarrollar actividades de distinta naturaleza en un mismo lugar: trabajar en un medio de transporte, comunicarse desde un lugar público, etc. El neourbanismo debe intentar ordenar estas posibilidades, concebir espacios múltiples con *n* dimensiones sociales y funcionales, hiperespacios que combinen lo real y lo virtual, propicios tanto a la intimidad como a la socialización. Las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación imprimen a las ciudades el sello de sus estructuras y en particular la distinción entre hardware y software.

El hecho de tener en cuenta las costumbres sociales lleva a los diseñadores a incluir progresivamente la responsabilidad de ex-

plotación y de gestión de los espacios y de los equipamientos urbanos. Esto conduce a la redefinición del ejercicio y los límites de la profesión de urbanista, puesto que éste debe incorporar las exigencias de la gestión futura de los espacios que ha contribuido a crear.

6. *Actuar en una sociedad muy diferenciada*

Del interés general sustancial al interés general procedimental⁷

El urbanismo moderno se edificó sobre los conceptos sustanciales de interés general o interés común. Hay que entender con ello que las decisiones públicas, los planes, con sus obligaciones y prohibiciones, las realizaciones públicas, las excepciones al derecho de usar libremente la propiedad (servidumbres), las expropiaciones y los impuestos estaban legitimados por intereses colectivos que se consideraban superiores a los intereses individuales.

La sociedad hipertexto, compuesta de multipertenencias, movilidades y territorios sociales e individuales de geometría variable, confronta al neourbanismo a una trama compleja de intereses y retos que resulta cada vez más difícil de concretar en intereses colectivos estables aceptados por todos. Los representantes locales, el Estado, los urbanistas y los expertos de todo tipo tienen menos capacidad para fundamentar sus actuaciones y propuestas en un interés general o común objetivo y único. Además, el desarrollo de ciencia y técnica muestra complicaciones inextricables donde, en otro tiempo, tan sólo había problemas que resolver: la experiencia en la que se basaba la decisión calificada de interés general se ha sustituido por la controversia entre expertos; ahora, quienes toman las decisiones se enfrentan al espinoso principio de precaución. Una decisión no puede considerarse ya como de interés general o común tan sólo por el hecho de su sustancia objetiva. Es la forma, el «procedimiento» según el cual

ha sido elaborada y finalmente coproducida por los actores implicados, lo que le confiere *in fine* su carácter de interés general. Las divergencias y conflictos no se resuelven apenas por las mayorías, ya que éstas son cada vez más circunstanciales, sino por compromisos que permiten tratar muchas situaciones colectivas.

Los procedimientos de identificación y formulación de los problemas y de negociación de sus condiciones adquieren una importancia creciente y decisiva. La participación —en formas diversas— de los habitantes, usuarios, vecinos y de todos los actores implicados en este proceso es esencial. Ya no se trata tan sólo de debatir entre opciones diferentes, de mejorar las soluciones propuestas, sino de coproducir el marco de referencia y la formulación misma de los desafíos.

Estas gestiones procedimentales modifican la naturaleza de la intervención de los expertos y profesionales, y en concreto del trabajo del urbanista. Éstos deben inscribir su intervención en procesos a largo plazo, que a veces encajan mal con la lógica del mercado y los cambios políticos locales. Además, cada vez les resulta más difícil adaptar su intervención al interés general, y deben poner sus conocimientos al servicio de diversos grupos y actores, lo que plantea de una forma nueva las cuestiones de ética y deontología en este campo profesional.

El neourbanismo fomenta la negociación y el compromiso frente a la aplicación de la regla mayoritaria, el contrato frente a la ley, la solución ad hoc frente a la norma.

7. *Readaptar la misión de los poderes públicos*

De la administración a la regulación

Los poderes públicos administraban el urbanismo moderno, es decir, garantizaban la aplicación de las leyes, planes y reglamentos, las misiones de interés general y el funcionamiento de los ser-

vicios en el ámbito urbano. Esta «administración» era coherente con un urbanismo que prohibía y controlaba tanto como proyectaba, que aplicaba principios y soluciones y tenía una tendencia estructural a negar las especificidades de cada ciudad, lugar, cultura o reducirlas a un simple decorado.

El neourbanismo intenta resolver los problemas caso por caso y elaborar soluciones adaptadas a cada situación. La experiencia y conocimientos acumulados y la técnica no se utilizan para aplicar soluciones repetitivas, sino para aumentar sus posibilidades de adaptación a contextos particulares, cambiantes e inciertos. Actúa en el seno de un sistema complejo de actores cuyas lógicas son diferentes y funcionan en un medio cada vez más abierto. Para ello hay que diseñar marcos comunes de actuación y reglas del juego que no se opongan a las ideas de los actores sino que las concilien, utilizándolas en beneficio de sus propios proyectos, produciendo sinergias⁸ y arbitrando cuando las situaciones parezcan inextricables y las autorregulaciones fallen.

El neourbanismo da prioridad a la regulación sobre la administración. Los poderes públicos intentan garantizar el funcionamiento «regular» de los sistemas de actores urbanos; actúan para limitar los problemas de funcionamiento y las incoherencias. Impulsan la gestión procedimental de interés general. En la medida de lo posible hacen hacer en lugar de hacer, para aprovechar los conocimientos y la experiencia de los especialistas. Pero también controlan, evalúan, corrigen, compensan y, en ocasiones, sancionan. Para ello hacen falta competencias técnicas, sistemas de inspección y bases de datos mucho más elaborados que los que estaban a disposición de las administraciones, cuya actividad era repetitiva y estaba mucho más regulada. El neourbanismo supone, pues, la readaptación de los objetivos y de las personas que trabajan por cuenta de los poderes públicos.

8. *Responder a la variedad de gustos y demandas*

De una arquitectura funcional a un diseño urbano atractivo

El urbanismo moderno se apoyaba en arquitecturas y formas urbanas que respondían a una ideología funcionalista que se intentaba generalizar. Puso en práctica conceptos globales —por no llamarlos totalitarios— sobre la ciudad, y no dudó en algunos casos en hacer tabla rasa del pasado, pero también desarrolló la noción típicamente moderna de «patrimonio», conservando ciudades, vestigios, monumentos para el recuerdo y elementos notables por su valor artístico.

El neourbanismo, por el contrario, admite la complejidad y debe proponer una serie de formas y ambientes arquitectónicos y urbanos a una sociedad muy diferenciada en su composición, sus costumbres y gustos. Enfrentado a una ciudad cada día más móvil en la que los actores pueden elegir su lugar en mayor medida, el neourbanismo debe seducir proponiendo un tipo de ciudad a la carta que ofrezca distintas combinaciones de características urbanas. Para ello no duda en utilizar formas antiguas y estilos vernáculos, así como arquetipos modernos. Habiendo roto con las ideologías simplificadoras y totalitarias del progreso, se acomoda a la complejidad de las ciudades que ha heredado y actúa en ellas. También patrimonializa cada vez más el edificio existente, transformándolo en museo e integrándolo en la nueva economía cultural y turística urbana o bien asignándole nuevos usos. El neourbanismo intenta por todos los medios utilizar las dinámicas del mercado para producir o conservar los valores simbólicos de la ciudad antigua.

El nuevo urbanismo aprovecha las distintas arquitecturas y las formas urbanas para crear ciudades diversificadas, ofrecer alternativas y hacer posibles los cambios a escala metropolitana. En cierto modo confiere una importancia renovada a la cuestión de los estilos arquitectónicos separándolos de las cuestiones de funcionalidad y morfología urbanas. Pero también inscribe estas opciones

estéticas —cuando afectan a espacios públicos— en procedimientos propios del debate democrático, modificando el marco de actuación de los creadores y su relación con lo público y lo político.

9. *Promover una nueva calidad urbana*

De las funciones simples al urbanismo multisensorial

El urbanismo moderno desarrolló un funcionalismo bastante elemental, tanto por el tipo de funciones (trabajar, habitar, divertirse, abastecerse, desplazarse...) como por la forma de llevarlas a cabo.

El neourbanismo desarrolla una gestión funcional mucho más sutil, teniendo en cuenta la complejidad y la variedad de prácticas urbanas e intentando responder a ellos mediante soluciones multifuncionales. Enfrentado a demandas cada vez más elevadas y a múltiples formas de competencia entre espacios, intenta ofrecer en los lugares públicos y espacios exteriores una calidad equivalente a la de los sitios privados y espacios interiores. Tiene en cuenta las dimensiones multisensoriales del espacio y se aplica a trabajar no sólo en lo visible, sino también en los aspectos sonoros, táctiles y olfativos. El diseño multisensorial de las ciudades permite crear ambientes distintos y más cómodos para las personas que sufren minusvalías sensoriales y motrices.

10. *Adaptar la democracia a la tercera revolución urbana*

Del gobierno de las ciudades a la gobernanza metropolitana

El urbanismo moderno necesitaba formas de gobierno firmes, decididas y que dispusieran de poderes fuertes para ser capaces no sólo de imponer reglas y hacerlas cumplir, sino de impulsar el cambio de forma voluntaria. Esta autoridad se apoyaba en la in-

intermediación social de la escuela, la Iglesia y el comercio local; era un tipo de gobierno de las ciudades protegido de forma más o menos centralizada según los países.

El neourbanismo se enfrenta a grupos sociales diversificados, a individuos multipertenecientes, a territorios social y espacialmente heterogéneos, a una vida asociativa prolífica pero a menudo efímera, al declive de la mediación que ejercían maestros, curas, tenderos de barrio, porteros, etc. Debe apoyarse en lógicas técnico-económicas privadas que difieren profundamente de las culturas y de los modos de actuar públicos. Necesita nuevas formas de pensar y ejecutar las decisiones públicas que permitan consultar con los habitantes, usuarios, vecinos, actores y expertos de todo tipo el proceso de toma de decisiones y vinculados a él.

El gobierno de las ciudades deja paso a la gobernancia urbana, que podemos definir como un sistema de dispositivos y de modos de actuación que reúne a instituciones y representantes de la sociedad civil para elaborar y poner en marcha las políticas y las decisiones públicas.

La gobernancia urbana supone un enriquecimiento de la democracia representativa por nuevos procedimientos deliberativos y consultivos. Se hace necesaria una relación más directa con los ciudadanos y al mismo tiempo formas democráticas de representación a escala metropolitana, que es la escala a la que deben tomarse las decisiones urbanas estructurales y estratégicas. Esta nivelación de la democracia local es uno de los elementos esenciales del futuro de las ciudades y de las sociedades occidentales. El riesgo de que la mayor autonomía de los individuos y la fuerza creciente de la economía de mercado profundicen las desigualdades sociales actuales o de que aparezcan otras nuevas es muy alto. Y la democracia de vecindad sin democracia metropolitana no basta para que los ciudadanos tomen conciencia de que su suerte va unida. Por el contrario, el debate democrático sobre el futuro y la gestión de la metápolis puede contribuir a desarrollar esta solidaridad reflexiva, necesaria a todos los niveles —del local al global— y de la que depende el futuro de nuestras sociedades.

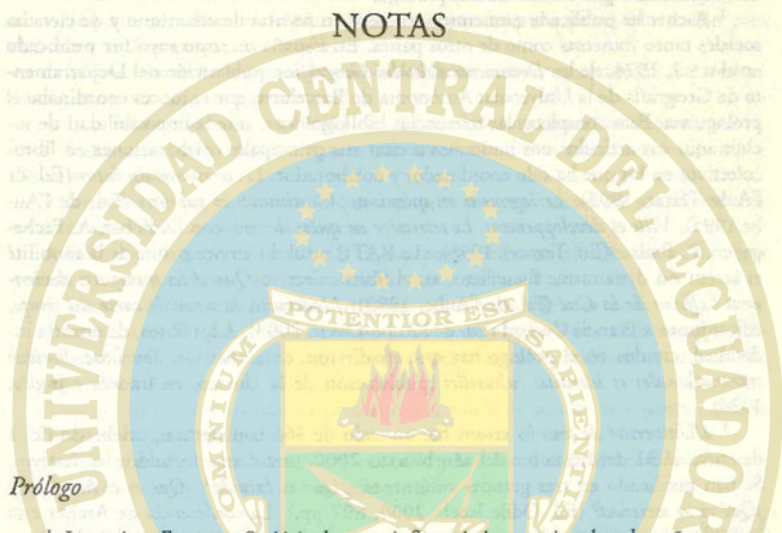
En conclusión, para resumir y calificar este neourbanismo que inicia su camino, al menos en el mundo occidental, podemos decir que es:

- un urbanismo de dispositivos: no se trata tanto de diseñar planes como de establecer dispositivos que los elaboren, los discutan, los negocien y los hagan avanzar;
- un urbanismo reflexivo: el análisis no precede a la regla y al proyecto, sino que está presente permanentemente. El conocimiento y la información se usan antes, durante y después de la acción. Recíprocamente, el proyecto se convierte plenamente en instrumento de conocimiento y negociación;
- un urbanismo precavido que da lugar a controversias y que se procura los medios para tener en cuenta los efectos y las exigencias del desarrollo sostenible;
- un urbanismo participativo: la concepción y la realización de proyectos son el resultado de la intervención de muchos actores con ideas distintas y de la combinación de dichas ideas;
- un urbanismo flexible, de consenso, de efecto catalizador, en sintonía con las dinámicas de la sociedad;
- un urbanismo heterogéneo, compuesto de elementos híbridos, de soluciones múltiples, de redundancias, de diferencias;
- un urbanismo estilísticamente abierto que, al separar el diseño urbano de las ideologías político-culturales y urbanísticas, deja terreno para elecciones formales y estéticas;
- un urbanismo multisensorial que enriquece la urbanidad de un lugar.

Dicho con otras palabras, el neourbanismo es un plan particularmente ambicioso que necesita más conocimientos, más experiencias y más democracia.



NOTAS



Prólogo

¹ La revista *Espaces et Sociétés*, de gran influencia internacional en los años setenta y ochenta, estuvo dirigida por Henri Lefebvre y Anatole Kopp. El secretariado de la revista era plural: Manuel Castells, el sociólogo Raymond Ledrut (colaborador de Chombart de Lauwe), el recién fallecido arquitecto Pierre Riboulet, el geógrafo Michel Coquery (discípulo de Pierre George), el economista comunista independiente Jean Pronteau y en Consejo de redacción o colaboradores habituales se encontraban los jóvenes sociólogos marxistas entonces vinculados al PC como Topalov, Preteceille, Godard, Lojkin, Bleitrach, Duclos y Ascher. En ella participaron investigadores como junto a profesionales-activistas del 68, unidos por una doble motivación intelectual y política. Y es interesante notar el hecho novedoso de la convivencia entre científicos sociales como los citados, o Bernard Kayser, Alain Lipietz, Gustave Massiah, Jean Remy, Paul Vieille, etc., con arquitectos y planificadores como el citado Riboulet, André Bruston o el reciente premio nacional de urbanismo Bruno Fortier. En los números 4 y 6-7 (1973) empieza a colaborar Ascher con artículos sobre la «economía urbana» y «la producción del hábitat». Y en el número siguiente escribe el autor de este prólogo.

La revista fue «internacional» desde sus inicios, tanto por su temática como por sus colaboradores. En su número 1 colabora Hobsbawm y Segre escribe sobre la arquitectura cubana, en el 2, de Michelis y Venturi sobre Bolonia, el número 3 está dedicado a América latina, en el 5 Ferrarotti analiza Roma y Vandershuren la lucha por la vivienda en Chile, en números posteriores encontramos a Chris Pickvance (sobre las

revindicaciones urbanas en el Reino Unido), a David Harvey y John Mollenkopf (sobre la crisis urbana en Estados Unidos), a Nuno Portas (entonces secretario de Estado de vivienda en el Portugal post 25 de abril), etc. Por cierto, el número 19 (1976) está dedicado en gran parte a un dossier sobre «Crisis urbana y luchas democráticas en España», coordinado por el autor de este prólogo.

² Ascher ha publicado numerosos artículos en revistas de urbanismo y de ciencias sociales tanto francesas como de otros países. En España un texto suyo fue publicado en el n.º 2, 1974, de los *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, publicación del Departamento de Geografía de la Universitat Autònoma de Barcelona, que entonces coordinaba el prologuista. Para completar las referencias bibliográficas, ante la imposibilidad de incluir aquí sus artículos nos limitamos a citar sus principales colaboraciones en libros colectivos en los que ha sido coordinador y colaborador: *Les territoires du futur* (Ed. de l'Aube-Datar, 1993); *Le logement en questions. Continuités et ruptures* (Ed. de l'Aube, 1995), *Ville et développement. Le territoire en quête de sens*, con D. Béhar, A. Etche-goyen, R. Fraisse (Ed. Textuel, 1998); «La RATP, outil du service public de la mobilité et acteur du dynamisme francilien», en el libro colectivo *Quand les transports deviennent l'affaire de la Cité* (Ed. de l'Aube, 1999); *Modernité, la nouvelle carte du temps*, editor junto a Francis Godard (Ed. de l'Aube-Datar, 2003). A los libros, de autoría individual, citados en el prólogo hay que añadir una obra anterior: *Tourisme. Sociétés transnationales et identités culturelles* (publicación de la Unesco, en francés e inglés, 1984).

³ *L'Université de tous les savoirs* fue un ciclo de 366 conferencias, celebrado del 1 de enero al 31 de diciembre del año bisiesto 2000, una diaria, incluidos los festivos. Se han publicado en tres grandes volúmenes: *¿Qué es la vida?*, *¿Qué es el hombre?* y *¿Qué es la sociedad?* (Ed. Odile Jacob, 2000, 897 pp.). La conferencia de Ascher está incluida en este tercer volumen, en la tercera parte, dedicada a la ciudad global.

Capítulo 3

¹ El *New Urbanism* norteamericano remite de hecho a tres tipos de prácticas: estilo estético, diseño urbano y forma de urbanización.

La estética propuesta es una arquitectura de tipo contextual, a menudo pastiche y kitsch; el diseño urbano propugna un urbanismo de calles, de espacios públicos y alta densidad; la forma de urbanización se basa en principios de mezcla funcional y social, en el uso de los transportes públicos y en la lucha contra la expansión urbana. Un programa intenta codificar el *New Urbanism*, cuyos principios, evidentemente, están lejos de ser nuevos pero rompen con las formas urbanas desarrolladas en las grandes aglomeraciones en Estados Unidos. Sus referencias iniciales eran Seaside (un balneario bastante chic) y Celebration (la ciudad privada imaginada y creada por Disney). Pero los promotores del *New Urbanism* intentan desprenderse de esta imagen de ciudad de capas medias, de hecho bastante parecida a los modelos impuestos por las *gated communities* (las ciudades privadas americanas), y convencernos de que su proyecto puede servir para recalificar y recuperar las zonas degradadas.

Capítulo 4

¹ Estrategia: conjunto de objetivos operativos elegidos para llevar a cabo una política previamente definida.

Gestión: aplicación de un conjunto de conocimientos sobre organización y administración que garantizan el funcionamiento de una empresa o una institución para elaborar y realizar proyectos con ellas.

² Método heurístico: que sirve para el descubrimiento, que procede por evaluaciones sucesivas e hipótesis provisionales.

³ Iteración: método de resolución de una ecuación por aproximaciones sucesivas.

⁴ Incremento: cantidad en la que se aumenta una variable en cada ciclo de un bucle de un programa.

⁵ Serie recurrente: aquella en la que cada uno de sus términos es una función de los términos inmediatamente anteriores.

⁶ Retroalimentación: ajuste de las causas por los efectos. Modificación de lo que precede por lo que sigue. Véanse contrarreacción y retroacción.

⁷ Sustancial: que pertenece a la sustancia, a la esencia, a la cosa en sí.

Procedimental: Que permite descomponer un programa en módulos, procedimientos, es decir, en formas de proceder para llegar a un resultado en el contexto de una operación compleja.

Una gestión procedimental da preferencia al modo de actuar; una gestión sustancial da preferencia al resultado.

⁸ Sinergia: acción coordinada de varios órganos, asociación de diversos factores que concurren en una acción, con un efecto único.

FUNDADA EN 1620
QUITO



BIBLIOGRAFÍA

- ASCHER, François (1995): *Métapolis, ou l'avenir des villes*, París, Éditions Odile Jacob.
- (1998): *La République contre la ville. Essai sur l'avenir de la France urbaine*, La Tour d'Aigues, Éditions de l'Aube.
- (2001): *Ces événements nous dépassent, feignons d'en être les organisateurs. Essai sur la société contemporaine*, La Tour d'Aigues, Éditions de l'Aube.
- BAIROCH, Paul (1985): *De Jéricho à Mexico, villes et économie dans l'histoire*, París, Gallimard.
- BECK, Ulrich (1986): *Risk Society: Towards a New Modernity*, Londres, Sage. [Ed. cast.: *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 1998.]
- Anthony GIDDENS y Scott LASH (1994): *Reflexive Modernization. Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*, Cambridge, Polity Press. [Ed. cast.: *Modernización reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.]
- BONNET, Michel, y Dominique DESJEUX (dirs.) (2000): *Les Territoires de la mobilité*, París, Presses Universitaires de France.
- BOURDIN, Alain (2000): *La Question locale*, París, Presses Universitaires de France.

- CAMPBELL, Scott, y Susan S. FAINSTEIN (eds.) (2001): *Readings in Planning Theory*, Oxford, Blackwell Publishers.
- , y — (eds.) (2001): *Readings in Urban Theory*, Oxford, Blackwell Publishers.
- CASTELLS, Manuel (1998): *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, 3 vols., vol. 1: *La sociedad red*; vol. 2: *El poder de la identidad*; vol. 3: *Fin de milenio*, Madrid, Alianza Editorial.
- CRANG, Mike, Phil CRANG y Jon MAY (1999): *Virtual Geographies. Bodies, space and relations*, Londres, Routledge.
- DECKKER, Thomas (ed.) (2001): *Modern City Revisited*, Londres, Spon Press.
- DUPUY, Gabriel (1992): *L'Urbanisme des réseaux*, París, Armand Colin. [Ed. cast.: *El urbanismo de las redes*, Barcelona, Oikos-Tau, 1998.]
- (1999): *La Dépendance automobile. Symptômes, analyses, diagnostic, traitements*, París, Anthropos.
- GIDDENS, Anthony (1998): *The Third Way. The Renewal of Social Democracy*, Cambridge, Polity Press. [Ed. cast.: *La tercera vía: La renovación de la socialdemocracia*, Madrid, Taurus, 2000.]
- GRAHAM, Stephen, y Simon MARVIN (2001): *Splintering Urbanism*, Londres, Routledge.
- HALL, Peter (1999): *Cities in Civilization*, Londres, Phoenix Press.
- HEALEY, Patsy, Stuart CAMERON, Simin DAVOUDI, Stephen GRAHAM y Ali MADANI-POUR (1995): *Managing Cities. The New Urban Context*, Chichester, Wiley and Sons.
- , Abdul KHAKEE, Alain MOTTE y Barrie NEEDHAM (eds.) (1997): *Making Strategic Spatial Plans*, Londres, UCL Press.
- , (1997): *Collaborative Planning*, Londres, Palgrave.
- HERVIEU, Bertrand, y Jean VIARD (2001): *Au bonheur des campagnes*, La Tour d'Aigues, Éditions de l'Aube.
- JOUE, Bernard, y Christian LEFÈVRE (dirs.) (1999): *Villes, métropoles. Les nouveaux territoires du politique*, París, Anthropos.
- KOOLHAS, Rem, et al. (2001): *Mutations*, Barcelona, Actar.
- MADANI-POUR, Ali, Angela HULL y Patsy HEALY (eds.) (2000): *The Governance of Place*, Aldershot, Ashgate Publishing.
- MASBOUNGI, Ariella (coord.) (2001): *Fabriquer la ville. Outils et méthodes. Les aménageurs proposent*, París, La Documentation française.
- MITCHELL, William (1999): *E-topia. «Urban life, Jim - but not as we know it»*, Cambridge, MA, MIT Press. [Ed. cast.: *E-topia: vida urbana, Jim, pero no la que nosotros conocemos*, Barcelona, Gustavo Gili, 2001.]

- MONGIN, Olivier (1995): *Vers la troisième ville* (prefacio de Christian de Portzemparc), París, Hachette.
- OBADIA, Alain (1997): *Entreprendre la ville. Nouvelles temporalités, nouveaux services*, París, Hachette.
- ORFEUIL, Jean-Pierre (2000): *Stratégies de localisation. Ménages et services dans l'espace urbain*, París, La Documentation française.
- PAQUOT, Thierry, et al. (2000): *Ville: l'état des savoirs*, París, La Découverte.
- SEGAUD, Marion, Catherine BONVALET y Jacques BRUN (1998): *Logement et Habitat: l'état des savoirs*, París, La Découverte.
- SIEVERTS, Thomas (1997): *Zwischenstadt: zwischen Ort und Welt, Raum und Zeit, Stadt und Land*, Braunschweig.
- SLEVIN, James (2000): *The Internet and Society*, Cambridge, Polity Press.
- URRY, John (2000): *Sociology Beyond Societies. Mobilities for the twenty-first century*, Londres, Routledge.
- VELTZ, Pierre (1996): *Mondialisation, villes et territoires. L'économie d'archipel*, París, Presses Universitaires de France. [Ed. cast.: *Mundialización, ciudades y territorios. La economía de archipiélago*, Barcelona, Ariel, 1999.]
- WACHS, Martin, y Margaret CRAWFORD (eds.) (1992): *The Car and the City. The Automobile, the Environment, and Daily Urban Life*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- WHEELER, James O., Yuko AOYAMA y Barenly WARF (2000): *Cities in the Telecommunications Age. The Fracturing of Geographies*, Londres, Routledge.









Otros títulos en alianza **ensayo**

Manuel Castells

COMUNICACIÓN Y PODER

Serge Michel y Michel Beuret

Fotografías de Paolo Woods

CHINA EN ÁFRICA.

PEKÍN A LA CONQUISTA DEL CONTINENTE AFRICANO

Enrique Gil Calvo

CRISIS CRÓNICA.

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA GRAN RECESIÓN

Jordi Borja

LA CIUDAD CONQUISTADA

Christine Kenneally

LA PRIMERA PALABRA.

LA BÚSQUEDA DE LOS ORÍGENES DEL LENGUAJE

Alejandro Colás

IMPERIO

David-Sven Reher y Miguel Requena (eds.)

LAS MÚLTIPLES CARAS DE LA INMIGRACIÓN EN ESPAÑA

Manuel Castells y Marina Subirats

MUJERES Y HOMBRES: ¿UN AMOR IMPOSIBLE?

Enrique Bernárdez

EL LENGUAJE COMO CULTURA

Paul Boghossian

EL MIEDO AL CONOCIMIENTO

CONTRA EL RELATIVISMO Y EL CONSTRUCTIVISMO

711

AS813

François Ascher

LOS NUEVOS PRINCIPIOS DEL URBANISMO

¿Qué hacer hoy con la noción de límite y cómo concebir los espacios cuando la distinción entre ciudad y campo, entre público y privado, entre interior y exterior desaparece? ¿Qué ocurre con las nociones de distancia, continuidad, densidad, diversidad, hibridez, cuando la velocidad del desplazamiento de bienes, información y personas crece tan rápidamente? ¿Cómo planificar una sociedad más abierta en un mundo más incierto? ¿Cómo actuar por la colectividad en una sociedad cada vez más diversificada y más individualizada?

“Uno de los mejores textos de síntesis sobre el urbanismo entendido a la vez como reflexión y como práctica, como conocimiento y como acción.”

Jordi Borja

Alianza Editorial

ISBN: 978-84-206-4198-0



9 788420 641980